



**Volverás a
Amarme en
Navidad**

Mary Heathcliff

Volverás a
Amarme en
Navidad

Mary Heathcliff

© 2015 por MRC.

All rights reserved / Todos los derechos reservados.

Registro de derecho de autor: 1-2015-93452 Bogotá, Colombia.

Registro de Safe Creative: 1512236084352.

ISBN: 9781310347450

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Edición y corrección: MRC ©

Fotografía de portada: <https://pixabay.com/> © su propietario.

Montaje y diseño de portada: MRC ©

*A todas las personas que han leído
mis historias, en especial a quienes me
dejan saber su opinión.*

*A mis amigas, las luchadoras
compañeras de pluma, Brenda Santorini
e Itxa Bustillo, quienes me recuerdan a
cada paso que la constancia vence lo que
la dicha no alcanza.*

Los seis maravillosos años de amor y unión entre Matt y Cristina se ven empañados por la falta de hijos. La joven está convencida de que es su culpa, y como no podrá darle hijos a su esposo, piensa que lo mejor es divorciarse a fin de que él pueda rehacer su vida con una mujer que le dé la posibilidad de ser padre. Por eso decide abandonarlo.

No obstante, Matt no se resignará a perder a la mujer de su vida y va tras ella con un firme propósito: recuperar su amor antes de Navidad.

Nota: esta historia es la continuación del relato “Un Regalo de Navidad”, aunque puede ser leída de manera independiente.

ÍNDICE

| | |
|------------------|----|
| Capítulo 1 | 7 |
| Capítulo 2 | 14 |
| Capítulo 3 | 24 |
| Capítulo 4 | 30 |
| Capítulo 5 | 41 |
| Capítulo 6 | 47 |
| Capítulo 7 | 62 |
| Capítulo 8 | 73 |
| Epílogo | 85 |

Capítulo 1

Octubre de 2015

Un mes más había llegado para Cristina, con la triste certeza que la perseguía cada veintiocho días durante los últimos tres años: no estaba embarazada.

Sin poder evitarlo, las lágrimas inundaron los bonitos ojos verdes mientras que su pecho se agitaba nuevamente con los sollozos. Corrió hacia su cama y se lanzó boca abajo para dejar salir toda su frustración y su dolor.

No estaba embarazada.

Nuevamente, no había bebé.

Hacía casi seis años que estaba casada con Matt. Habían sido los mejores años de su vida. Él la amaba tanto como ella lo amaba a él. La vida se pintaba como un magnífico paraíso en el que el amor que había logrado vencer todos los obstáculos los alimentaba día a día y crecía en sus corazones con la certeza de que jamás terminaría

aquel sentimiento.

Recordó que su maravillosa relación había comenzado justo en la Navidad de 2009. Su historia de amor era bastante particular. Se habían conocido en la adolescencia, cuando la madre de Matt se había casado con el padre de Cristina. Las cosas no habían sido fáciles en aquella época, y después de muchos ires y venires, los jóvenes se habían reencontrado para por fin aceptar que entre ellos existía un inmenso amor, tan profundo que ni las circunstancias ni el tiempo habían podido destruir.

Todo había sido absolutamente hermoso y perfecto durante los primeros tres años de matrimonio. Cuando sintieron que estaban preparados para ser padres, intentaron procrear, pero pasaron varios meses sin lograrlo.

Al comienzo, Cristina había pensado que la píldora, método que había utilizado, tenía algún tipo de efecto secundario que le impedía quedar embarazada. Pensó que en algunos meses la secuela pasaría y por fin concebiría.

No obstante, no había sido así.

Empezó a ver, un mes tras otro, que su vientre no albergaba al fruto de su amor con Matt. Entonces, la joven había comenzado a ponerse nerviosa y a albergar sospechas de infertilidad.

Matt siempre trataba de animarla, diciéndole que si ese

mes no lo habían logrado, estaría encantado de volver a intentarlo para el próximo. Él nunca se había mostrado demasiado preocupado por el asunto, siempre decía que quizá el destino los haría esperar un poco más.

Pero Cristina sí que estaba preocupada.

Su estado de congoja se convirtió en una tristeza constante, que se veía afectada cada vez que tenía ante sí la confirmación de que no había bebé.

De la tristeza pasaba a la desesperación y de allí al miedo. ¿Y si nunca podía darle un hijo a su esposo?

Temblaba de solo pensarlo.

Matt era un hombre maravilloso, y seguramente como padre también lo sería. Había imaginado muchas veces a un pequeño niño con el cabello y los ojos oscuros, divirtiéndose en el suelo con sus juguetes, y a su padre mirándolo orgulloso. Pero cada día que pasaba, aquella imagen se tornaba más borrosa y una voz en su interior le decía que nunca podría verla hecha realidad.

Cristina enterró su rostro sobre las almohadas y emitió un grito que mostraba la mezcolanza de los conflictivos sentimientos que atravesaban su alma.

—Cristina, hija, ¿qué pasa? —preguntó Maura, su madrastra y a la vez madre de Matt, entrando a la habitación alarmada por el grito de la joven.

—Lo de siempre, Maura... lo de siempre —respondió Cristina entre gemidos.

Maura no tenía que preguntar a qué se refería. Desde hacía casi tres años vivía la misma angustia y el mismo dolor de la muchacha al ver que no había concebido.

—Hija, por favor, no te aflijas —dijo la mujer sentándose junto a ella sobre la cama y acariciando el cabello de la chica, tratando de darle consuelo—. Verás que algún día llegará.

—No va a llegar nunca —confesó la joven sin ocultar su angustia en medio de las lágrimas—. Cada día me convenzo más de eso. Jamás podré darle un hijo a Matt, mi padre y tú nunca serán abuelos.

Maura sintió que el corazón se le partía ante la aflicción de Cristina.

—No digas eso, ten fe.

—No... no... y yo sé... en el fondo de mi alma sé que es mi culpa. Por lo que le hice a Matt...

—No digas eso —la interrumpió Maura para acallar a la joven—. Todo aquello pasó hace muchos años. Matt y tú ya aclararon ese asunto, el amor que ustedes sienten es tan fuerte que superó todas las dificultades. No tiene caso pensar en algo que ya es pasado.

—No... yo sé... que la vida me está castigando por lo

que le hice a Matt... Por lo que te hice a ti...

—No, hija, no —Maura se acercó más a la joven y la abrazó, mientras la muchacha seguía sollozando—. No quiero que te preocupes, ni que te mortifiques más a partir de ideas infundadas. Lo que tienes que hacer es tranquilizarte, el médico dijo que tanto Matt como tú están en perfectas condiciones físicas.

Hacia poco más de año y medio, tanto ella como su esposo se habían sometido a diversos estudios para tratar de determinar si había alguna deficiencia que les impidiera la concepción. Cristina confió en que, si detectaban la causa, podrían encontrar una solución.

Sin embargo, tanto los análisis que le habían practicado a Matt como los de ella habían arrojado el mismo resultado: no había nada que impidiera la procreación, los dos estaban en perfectas condiciones físicas para ser padres.

El médico les había dicho que quizá había algo de estrés y ansiedad en la pareja, y que el bebé llegaría naturalmente cuando logaran relajarse. Todo era cosa de esperar.

Pero habían pasado muchos meses y nada sucedía.

—Por eso precisamente creo que es un castigo de la vida —dijo la joven acallando un poco su llanto—. Si no hay nada malo en mi cuerpo, no comprendo por qué no puedo

quedar embarazada.

—Hija, dale tiempo al tiempo.

—Se me está pasando la vida, Maura. Y algún día Matt se va a cansar.

—Eso no es cierto, Matt te adora, con hijos o sin ellos, él te ama con toda su alma, te ha amado siempre, luchó por ti y en estos seis años han sido muy felices.

—Pero no puedo darle un hijo... y él tiene derecho a ser padre...

—No te atormentes más. Verás que el día menos pensado, llega el bebé... —Maura pasó sus manos por las mejillas de la joven en un intento por secarle las lágrimas—. Ahora, no llores más y ve a arreglarte, esta noche vas a la cena en la empresa de tu esposo. Venía a avisarte que llamó hace unos instantes y me pidió que te dijera que, por favor, llegaras temprano para ayudarlo en los últimos detalles.

Lo que Cristina menos quería era salir. Le habría gustado acostarse en su cama a llorar su pena, pero sabía que no podía defraudar a su marido. Esa noche era la tradicional cena en la que celebraban un año más de la compañía. Matt, como presidente, debía presidir el acto y Cristina, como su esposa, debía estar junto a él.

—Sí, es verdad. Será mejor que me prepare —dijo Cristina antes de hacer acopio de toda su energía para poder

continuar con su vida.

—Así me gusta —dijo Maura—. Reacomodate, anímate. Matt te ama y tú a él.

Su madrastra salió de la habitación después de darle un fuerte abrazo.

Sin embargo, el dolor del corazón de Cristina no desaparecía. Como una autómatas, se vistió, se peinó y se maquilló para la cena, mientras se decía a sí misma que no podría soportar un mes más en aquel martirio.

Se dijo que tenía que hacer algo. Porque de continuar así, terminaría por enloquecer.

Capítulo 2

—Mi amor —saludó Matt antes de abrazarla y besarla en la boca de manera lenta y provocativa, como siempre.

Como tantas otras veces, Cristina sintió que se derretía entre sus brazos. Sentir aquella cálida boca tomando la suya en un beso tierno y a la vez apasionado mientras que esos brazos fuertes la rodeaban y la sostenían, era el mismo cielo.

—Matt —dijo ella rompiendo el beso—. Nos están mirando todos.

—Que nos miren y me envidien —dijo él estrechándola más aún en sus brazos—. La mujer más hermosa, inteligente y dulce del mundo me ama y es mi esposa.

Cristina sonrió sintiendo que se sonrojaba un poco. Aunque ya era habitual que su esposo exhibiera aquellas demostraciones de cariño frente a todos, todavía se sentía algo cohibida.

Así que tomó las manos de su esposo y lo obligó a comportarse con mayor decoro, aunque él se mostró un tanto

renuente.

—Estás preciosa —dijo Matt detallando en el arreglo de su mujer—. Como siempre serás la más bella de todas.

Matt se dijo que Cristina había sido preciosa desde niña, y esa belleza solo había aumentado con el paso de los años. Tenía unos ojos verdes luminosos, en un rostro pequeño con una nariz respingada y unos labios carnosos. Su cabello era del color de la miel, y adoraba la forma en la que caía por su espalda en una cascada de rizos suaves como la seda.

Ahora mismo, llevaba un elegante vestido de seda color verde oscuro que resaltaba el tono de su piel y hacía lucir más claros sus ojos. No se podía negar que era una mujer hermosa.

—Deja de adularme —dijo Cristina sonriendo mientras observaba que los presentes en el vestíbulo del edificio no dejaban de mirarlos—. Y mejor entremos al salón, que me siento un poco rara con tanta gente mirándome.

—No pueden evitarlo, nunca habían visto tanta belleza en una sola mujer —insistió Matt mientras llevaba a su esposa tomada de la cintura hacia el gran recinto donde se llevaría a cabo el evento.

La joven observó que había pocas personas, pues

todavía era temprano, y que los encargados iban y venían ultimando los detalles.

Hacia el fondo, junto a la pequeña tarima desde donde se pronunciaría el acostumbrado discurso, estaba Laura, la vicepresidenta de la compañía, conversando con el equipo que adecuaba el sonido. Por sus gestos, era claro que daba múltiples instrucciones para que todo saliera bien.

Cristina no pudo evitar una ligera punzada de celos.

Laura había llegado a la empresa dos años atrás, reemplazando a su padre quien había fallecido víctima de un infarto fulminante. Desde el inicio se había encargado de asuntos importantes y se había convertido en la mano derecha de su esposo, así que pasaba con él mucho tiempo.

Si se hubiera tratado de una mujer mayor o comprometida, Cristina no se habría sentido insegura. Sin embargo, Laura era una mujer joven y divorciada, lo que acrecentaba su recelo. Adicionalmente, era muy bella. Con el cabello rubio, los ojos azules como el cielo y el cuerpo esbelto, era una tentación para cualquier hombre.

—Laura es una mujer muy eficiente —observó Cristina.

—Así es, trabaja mucho... yo diría que demasiado...
—respondió Matt.

—¿No tiene pareja? Bueno, ya sé que es divorciada,

pero me refiero a un novio o un amigo especial.

—No, su hijo y su trabajo son sus prioridades, en eso invierte todo su tiempo. Ella misma dice que no tiene espacio para nada ni nadie más.

—Pues es una mujer muy hermosa —dijo Cristina observando sigilosamente a su esposo tratando de adivinar su respuesta.

—No tanto como tú —dijo Matt antes de volver a encerrarla en sus brazos para distraerla con un beso.

Durante unos instantes se perdieron en la maravilla de su contacto, hasta que una vocecita infantil llegó a ellos.

—Hola, Matt —dijo el pequeño Nick, halando el pantalón del hombre.

La pareja tuvo que romper su contacto y poner atención en el niño que saludaba alegremente.

—¡Hola, pequeñajo! —saludó Matt mientras levantaba el chico en sus brazos.

—Matt, discúlpame —dijo Laura llegando hasta ellos—. La niñera tuvo un problema de último minuto y no tuve con quien dejarlo, así que no vi otra opción más que traerlo...

—No te preocupes —respondió Matt al notar la preocupación en la disculpa de Laura—. Este pequeñín es bienvenido —dijo Matt haciéndole cosquillas al chico quien

reía fascinado.

—Gracias... sabía que lo comprenderías —dijo Laura—. Hola, Cristina, es un gusto verte. Estás muy linda esta noche.

—Tú también estás muy bella. Y tu hijo está precioso —dijo Cristina sin poder esconder un poco de envidia su voz.

—Gracias. Pero Nick, más que precioso, está bastante impertinente. ¿Qué te he dicho de pedirle a las personas que te alcen? —regañó Laura al pequeño tratando de tomarlo de los brazos de Matt.

—Déjalo, es un chico —dijo Matt.

—Ni tan chico. Ya vas a cumplir cuatro añotes, Nick. Ya no estás en edad de que te tomen en brazos —insistió Laura.

El pequeño no dejaba de reír y finalmente ocultó su rostro en el cuello de Matt.

—Tu hijo es encantador —dijo Matt—. Siempre es un placer volver a verlo.

Cristina sintió un profundo dolor en el pecho al ver lo bien que Matt se llevaba con Nick. En su gesto se notaba todo el amor que tenía para ofrecerle a un niño. Era dulce, tierno y a la vez protector. Matt sería un padre estupendo.

Y ella no podía darle un hijo.

Nuevamente tendría que decirle que no había bebé.

La joven trató de controlar sus lágrimas para que no la traicionaran en ese momento. Sin embargo, ver aquella escena era demasiado para ella.

—Es un pequeño aprovechado —dijo Laura tomando a su hijo y poniéndolo de nuevo sobre el suelo—. Suficiente, Nick. Me prometiste que te ibas a portar bien.

—Me porto bien, mami —dijo el niño con gesto mimado.

—Entonces ve a jugar con tus cochecitos. ¿Dónde los dejaste? —preguntó Laura.

El niño, en lugar de responder, salió corriendo rápidamente y desapareció por una de las puertas que llevaban a las oficinas.

Los tres adultos rieron.

—Todo está casi listo —dijo Laura—. El señor Thompson ya llegó y quiere hablar contigo, Matt. Está en la sala de juntas.

—Será mejor que vaya a verlo. Si me disculpan, en un rato regreso —dijo Matt antes de marcharse, no sin antes besar a su esposa en los labios.

—Todo esto es un estrés, afortunadamente es una sola noche al año —observó Laura.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Eres una mujer admirable —apuntó Cristina.

—¿Por qué dices eso?

—Matt me cuenta lo eficiente que eres y lo útil que has sido a la compañía. Además, tienes un hijo estupendo.

—Tu esposo exagera. Mi papá sí que era bueno. Yo solo trato de imitarlo. Y en cuanto a mi hijo... No es nada fácil levantar a un niño prácticamente sola... Bueno, no es que su padre no me ayude, pero no es lo mismo.

—Lo imagino.

—Nick siempre está corriendo de un lado para otro, es muy inquieto. Me ha pegado más de un susto. Pero con todo eso, no me imagino cómo sería mi vida sin él. ¿Y tú cuándo te animas?

La pregunta de Laura tomó a Cristina por sorpresa.

—Yo... algún día les daré la noticia...

—Ya verás que ser madre es lo más maravilloso del mundo —dijo Laura sonriendo.

Cristina respondió asintiendo mientras sentía que su alma se partía por dentro. Por supuesto, no había ninguna mala intención en el comentario de Laura, pues nadie ajeno a la familia sabía de los constantes esfuerzos y los problemas que había tenido Cristina para procrear. No obstante, no dejaba de dolerle.

—Sí... yo... supongo que así es.

—Antes de tener a Nick, mi vida era otra: ir al

gimnasio, salir de compras, irme de viaje, alguna que otra fiesta. Una vez llegó él, todo cambió. Pero te aseguro que no extraño nada de aquello. No cambiaría por nada del mundo la recompensa de sus pequeños bracitos alrededor de mi cuello mientras me dice “te amo, mami” —dijo Laura con emoción.

La otra joven tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no echarse a llorar al saber que ella jamás podría sentir el abrazo de un hijo ni escuchar sus tiernas palabras.

Antes de que pudiera contestar algo, Matt regresó junto a ellas trayendo en sus brazos al pequeño Nick que tenía un cochecito de juguete en cada mano.

—Miren lo que me encontré —dijo Matt.

—Otra vez, Nick. Ya estás grande para que te alcen. Al suelo —dijo Laura antes de que Matt pusiera sobre el piso al niño, quien empezó a jugar con los cochecitos junto a ellos, ignorando los tres pares de ojos que se concentraban en él.

Instantes después, el pequeño se levantó y volvió a halar el pantalón de Matt para llamar su atención. Insistió en que el hombre tomara uno de los cochecitos para que jugara con él un rato, a pesar de la renuencia de su madre.

Era un niño encantador, y era evidente que se sentía

atraído hacia Matt. Seguramente la falta de una figura paterna permanente lo hacía buscar la atención de un adulto de sexo masculino. También era cierto que Matt era cariñoso y tierno con el pequeño, así que el chico sentía empatía con él.

Cristina no pudo evitar sentirse un poco culpable.

No tenía ningún derecho de privar a Matt de la paternidad. Ver a su esposo interactuar con aquel pequeño de manera tan natural, solo le hacía ver que Matt sería un espléndido padre, que guardaba en su corazón mucho amor para entregarle a un hijo y que por culpa de ella jamás podría hacerlo.

Por otro lado, Laura era una mujer inteligente, buena y hermosa. Estaba sola con un pequeño niño que necesitaba un padre. Ella misma acababa de afirmarle que no era fácil criar al hijo sin la colaboración permanente de un compañero.

Y también estaba Nick que adoraba a Matt y que necesitaba un padre amoroso y bueno.

Parecía que en aquel cuadro la única que salía sobrando era ella.

¿Si ella no estuviera en la vida de Matt, podría el enamorarse de Laura y convertirse en un verdadero padre para Nick? De esta manera se resolverían tres problemas: Laura tendría un apoyo para criar a su hijo, el pequeño Nick

tendría un padre y Matt tendría un hijo. Eso sin mencionar que podría tener más niños con Laura, cuya posibilidad de procrear estaba plenamente comprobada.

La joven sacudió la cabeza para deshacerse de aquellos pensamientos.

¿De dónde venía aquella locura? Su tristeza la estaba haciendo imaginar muchas tonterías.

O quizás no fueran tonterías.

Ella no podía tener hijos, pero no por eso tenía que privar al hombre que amaba del derecho y el privilegio de convertirse en padre. Si ella no estuviera de por medio, Matt podría fijarse en Laura o en otra mujer que le diera un niño a quien amar.

Nunca había dudado de que Matt podría ser un padre maravilloso. Ahora que lo veía con el pequeño Nick, se convencía todavía más. Ella no tenía derecho a quitarle aquel privilegio a su marido, y si tenía que hacerse a un lado para que lo lograra, lo haría sin titubear ni un solo segundo.

Capítulo 3

—¿Dónde está? No puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Matt caminando de un lado para otro en la sala de su casa.

—Tranquilízate, hijo —pidió Maura—. Verás que en menos de nada regresa.

El hombre dudó seriamente que lo que decía su madre fuera verdad.

Lo cierto era que su esposa se había marchado de la casa el día anterior. Matt había llegado en la noche para encontrar que Cristina no estaba y que el lugar había una nota sobre la cama.

Matt,

No puedo seguir así.

No es justo. Esta imposibilidad de tener hijos solo terminará por destruirnos a los dos.

Lo mejor que podemos hacer es divorciarnos. Dentro de un tiempo tendrás noticias de mi abogado.

Adiós.

—No entiendo por qué —dijo el hombre nuevamente, arrugando la nota entre sus manos mientras se sentaba en uno de los sofás—. Yo... jamás creí que ese asunto la estuviera afectando tanto.

Unos días atrás, la noche de la recepción en la empresa, Cristina le había dicho que ese mes tampoco había quedado embarazada. Como siempre, estaba muy afligida y él se había dado a la tarea de mirarla para consolarla.

—Mi amor —había dicho él—, no te aflijas, llegarán tarde o temprano. Y si no llegan, puedo tenerte para mí solo.

Después la había besado y se habían ido a dormir. Los días siguientes no se volvió a tocar el tema.

Por eso por su mente no había pasado el grado de tristeza que experimentaba su mujer por aquello.

—Ella siempre se duele cuando tiene la confirmación de que no espera un hijo. Yo trato de consolarla, y en apariencia la aflicción desaparece en un par de días. No creí que esta vez el dolor la obligara a reaccionar de esa manera —dijo Maura.

—Yo tampoco... aunque la noté callada y retraída, no pensé que fuera eso, ni mucho menos que estuviera pensando en hacer algo como abandonarme. ¿Acaso es tan insoportable para ella el que yo no pueda procrear? ¿Su amor por mí es tan pequeño que no puede soportar el que no le dé

hijos? El médico dijo que no había nada malo conmigo, que era solo cuestión de tiempo. Pero...

—No, hijo, no te culpes... —aconsejó Maura sentándose junto a él y poniendo una mano sobre su hombro—. Ya verás que es una simple depresión, que en cualquier momento regresa, o se comunica con nosotros.

—Dejó de amarme mamá. De alguna manera volvió a apartarme...

Desde la noche anterior la idea no había dejado de rondar la cabeza de Matt. Cristina lo culpaba por la falta de hijos. Y eso la había llevado a terminar con el amor que ella había sentido por él. Así, la convivencia para ella se había convertido en una tortura, y por eso lo había abandonado.

—¿Cómo dices eso? Ella te ama.

—Si me amara, no me habría abandonado. Entre los dos habríamos buscado una solución. Aunque la notaba triste cada vez que me daba la noticia de que no había logrado concebir, su pesadumbre no había durado más de dos días y nunca se había convertido en algo que pusiera una barrera entre nosotros.

Su esposa jamás había dado señas de no amarlo. Más bien todo lo contrario. Siempre era cariñosa, solícita y tierna con él. Sus besos, sus caricias y su pasión jamás habían disminuido. ¿Cómo podría haber adivinado que el amor se

había acabado y que ella planeaba abandonarlo?

—No Matt, te equivocas...

En aquel momento, entró Francisco, el padre de Cristina e impidió que Maura siguiera hablando.

—Ya me comuniqué con todas sus amigas, incluso con las que no tiene contacto desde hace mucho tiempo, y ninguna sabe nada. Tampoco los empleados de los restaurantes, ni los proveedores, ni los conocidos, ni nadie.

Matt miró a su suegro con algo de desconsuelo.

—Necesito que me repitas una vez más, qué te dijo en su llamada.

El día anterior, en la tarde, Cristina había llamado a su padre y le había pedido el favor de encargarse de la cadena de restaurantes, propiedad de Francisco, que eran manejados por Cristina desde hacía diez años. No le había dado mayores explicaciones, salvo que se encontraba cansada y que quería alejarse de todo durante unos meses. Le había dicho que no se preocupara por ella. En ningún momento había mencionado su intención de abandonar a Matt, y por la mente de Francisco no pasó aquella idea.

—Es que no puede ser posible —añadió Matt al escuchar el relato de Francisco una vez más.

—Lo peor es que la policía no admite una denuncia pues fue ella quien voluntariamente abandonó la casa —dijo

Francisco—. No tenemos mayores herramientas para buscarla.

—Yo no me voy a detener. Voy a buscarla hasta el fin del mundo si es necesario. Sea como sea o me demore el tiempo que sea, la voy a encontrar —dijo Matt.

—¿Y si le das espacio? —propuso Francisco—. Es evidente que Cristina se siente muy mal. Quizás necesita tiempo a solas para pensar. Cuando se sienta lista regresará.

—En esta nota ella habla de divorcio —dijo Matt agitando el trozo de papel—. Y no lo voy a permitir.

Matt salió del lugar visiblemente afectado. Francisco y Maura guardaron silencio un rato, perplejos y a la vez asustados.

—Jamás pensé que Cristina pudiera hacer algo así —dijo Maura.

—Ni yo. La verdad es que desconozco a mi propia hija. Desde aquel terrible incidente en la adolescencia, se había portado bastante bien. Nunca la creí capaz de abandonar a Matt.

—¿Acaso crees que lo abandonó en un acto de rebeldía?

—¿Por qué si no? Matt piensa incluso que dejó de amarlo.

—¡Tonterías! —dijo Maura—. Ella se siente culpable

por no poder darle un hijo al hombre que ama.

—¿Lo crees así?

—Estoy segura. Pero Matt no entiende razón. De alguna manera lo comprendo, está nervioso, asustado. Espero que Cristina se comunique pronto para tratar de persuadirla a que regrese.

—Espero lo mismo, porque yo también estoy muy intranquilo. Mi pobre hija, en sabrá Dios dónde... Solo espero que no le pase nada malo.

Maura sintió que un escalofrío la recorría. Ella también deseaba lo mismo. Cristina no estaba en condiciones para estar fuera de casa. Rogó en silencio al cielo para que todo aquello tuviera un buen desenlace.

Capítulo 4

Aspen, Colorado

Noviembre de 2015

Cristina prendió la pequeña chimenea frente al enorme sillón en la sala de la pintoresca cabaña en la que llevaba recluida por propia voluntad durante casi un mes.

Aunque la calefacción estaba encendida, comenzaba a sentir que cada vez hacía más frío.

La blanca nieve comenzaba a cubrirlo todo con su deslumbrante tono y las noticias auguraban que sería uno de los inviernos más fríos y nevados de los últimos años.

Llevaba varias semanas encendiendo la chimenea, así que ya no le costaba trabajo.

Lo que en realidad le costaba era acostumbrarse a vivir sin Matt.

Sintiendo que el calor del fuego llenaba la habitación mientras que el sol se iba ocultando, Cristina se sentó en el

sofá a beber un té caliente mientras veía las llamas danzantes y escuchaba el crepitar del fuego.

Matt.

No podía dejar de pensar en él.

¿Cómo hacerlo si lo amaba tanto?

La decisión que había tomado unas semanas atrás había sido la más difícil de su vida. Después de casi seis años maravillosos con aquel hombre perfecto, ahora tenía que enfrentarse a una vida en solitario. Pero no tenía otra opción. Si quería que Matt fuera feliz, tenía que sacrificarse ella misma.

Había alquilado aquella cabaña para pasar unos cuantos meses. Tenía que volver a estructurar su vida, a reinventarse para poder empezar de nuevo. Sabía que no sería fácil ni rápido, y que, si se quedaba en la ciudad, cerca de Matt y de sus padres, podrían hacerla flaquear. Así que había decidido marcharse lejos una temporada, donde la soledad la ayudaría a recomponer su vida.

¿Cómo estarían ellos ahora?

Los amaba con toda su alma y rogó en silencio al cielo para que fueran felices, para que comprendieran su decisión y, sobre todo, para que continuaran con sus vidas como ella había decidido hacerlo.

Lo cierto era que los extrañaba terriblemente. La

bondad de Maura, las ocurrencias de su papá y el amor de Matt era algo que echaba de menos a cada instante.

Sobre todo, añoraba a Matt. Extrañaba los besos robados, los mimos, los abrazos repentinos y las palabras llenas de amor que solo él solía dedicarle.

Sacudió la cabeza tratando de deshacerse de aquel sentimiento. Tenía que concentrarse en su nueva vida, no en añorar la pasada.

Hacía una semana no había podido evitar la tentación de telefonar a su padre. Él se había mostrado muy angustiado, y ella solo le había insistido en que estaba bien, que no se preocupara y que les diera a todos abrazos y saludos de parte de ella. También le pidió que la comprendiera, que necesitaba tiempo para pensar y que, por favor, no la buscaran, que ella se pondría en contacto de nuevo. A pesar de la insistencia de Francisco, ella había cortado la comunicación.

Después de aquella llamada había llorado como una magdalena. Nunca se imaginó que volver a comunicarse con su padre le traería tanta añoranza. No obstante, se dijo una y otra vez que tenía que ser fuerte y no dar marcha atrás.

Cristina emitió un suspiro antes de dar otro sorbo a su bebida.

Planeaba quedarse por lo menos hasta finales de enero.

Dentro de mes y medio llegaría la Navidad, una fecha plagada de amor y encanto, y de ninguna manera podía estar cerca de su familia.

En Navidad se había enamorado de Matt. Habían sido las fiestas de fin de año más fabulosas de su vida. Después de todo lo que había sucedido entre ellos en la adolescencia, por fin, ahora convertidos en unos adultos, Matt y ella se habían dado cuenta de que su amor era grande y duradero. El día de Navidad se habían comprometido, y dos semanas más tarde celebraron su matrimonio.

Esta sería la primera Navidad que pasaría lejos de su familia y de su marido. Sería algo así como una prueba y Cristina esperaba fervientemente que pasar tiempo sola la fortaleciera y le demostrara que había tomado la decisión correcta.

Cuando regresara a la ciudad, contactaría un abogado y le pediría que iniciara los trámites de divorcio. Para ese entonces, Matt se habría acostumbrado a su ausencia y se daría cuenta de que su separación definitiva sería lo mejor.

¿Y ella, podría acostumbrarse a la ausencia de Matt?

Quería creer que algún día volvería a ser la Cristina que era antes de reencontrarlo, sin embargo, era plenamente consciente de que después de amar a Matt, su vida jamás volvería a ser igual.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando escuchó el motor de un auto que se acercaba. Era extraño porque nadie venía hasta allí, el camino que daba casi a un kilómetro y la cabaña más cercana a casi dos.

Trató de aguzar su oído para intentar detectar algo más por encima del crepitar del fuego, pero el ruido ahora se alejaba.

Su mente regresó entonces al asunto que la preocupaba. Afuera, la nieve comenzaba a caer con más fuerza y Cristina se alegró de poder estar calentita frente a la chimenea.

Instantes después, sintió un ruido. Parecía provenir de fuera de la casa. Se levantó del sofá y caminó hacia la puerta, y se vio muy sorprendida cuando alguien tocó.

En las semanas que llevaba allí, nadie había ido a verla, ni siquiera el dueño de la cabaña. La gente de los alrededores se mostraba distante, así que se sorprendió.

—*Who is it?* —preguntó, pero la persona al otro lado de la puerta, lejos de responder, volvió a tocar.

Entonces Cristina abrió la puerta para llevarse una de las más grandes sorpresas de su vida: Matt estaba allí.

Tan guapo como siempre, con un abrigo negro, unos guantes, un gorro para nieve y un par de valijas.

Lo bebió con la mirada unos instantes. Extrañaba

observarlo. Era un hombre bastante guapo. Alto, fornido y moreno, podría ser la envidia de muchos actores de cine. Su cabello y sus ojos negros combinaban perfectamente y su rostro masculino de mentón firme y nariz recia solo acentuaban su halo de masculinidad.

Sin mediar palabra, el hombre entró a la casa y cerró la puerta tras él. Cristina no podía hacer otra cosa más que observarlo estupefacta.

Matt se quitó el gorro, los guantes y el abrigo que estaban llenos de nieve.

—Me alegra que aquí esté tan calentito. No sabes el frío que hace allá afuera.

Cristina todavía no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Su esposo estaba allí. ¡Allí!

Sintió unas enormes ganas de correr hacia él, rodear su cuello con sus brazos, pegarse a su cuerpo y buscar su boca para compartir un ardiente beso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en lugar—. ¿Cómo me encontraste?

—Localicé el origen de la llamada que le hiciste a tu padre hace unos días. Pero quien debe contestar preguntas eres tú: ¿qué haces tú aquí? —preguntó Matt acercándose a ella un paso y tomándola por los hombros—. ¿Sabes todo lo que he pasado, lo que he sentido, lo que he sufrido

preguntándome una y otra vez en dónde estarías, si estarías bien, si me necesitarías?

—Le dije a papá que estaba bien.

—¿Y crees que eso es suficiente? ¿No pensaste en que yo podría extrañarte como un loco? ¿No te imaginaste que mis noches estarían llenas de insomnio y soledad tratando de imaginar dónde estarías? ¿No supusiste que te añoraría con toda mi alma y todo mi cuerpo?

—Te abandoné —respondió ella liberándose del contacto para alejarse un par de pasos, pues sus palabras la estaban afectando profundamente.

—Lo sé —dijo él con desconsuelo—. Jamás me dijiste que tener un hijo era tan importante para ti, que no podías soportar estar con un hombre que no te diera la posibilidad de ser madre... ¿por qué nunca me lo dijiste?

La joven lo miró con asombro.

Matt no había comprendido que su decisión de separarse de él obedecía a que ella estaba segura de que el problema estaba en su cuerpo y no en el de su esposo, que en realidad quería brindarle la posibilidad de que conociera a una mujer que sí pudiera darle hijos.

—¿Qué...? —titubeó la joven mirándolo con asombro—. No comprendo...

—Por favor, Cristina, vamos a hablar claro —dijo él

acercándose nuevamente a ella—. ¿En qué momento dejaste de amarme? ¿En qué momento decidiste que tu amor por mí estaba condicionado por mi habilidad para hacerte un hijo? ¿Acaso nuestro amor no fue lo suficientemente fuerte como para saltar todos los obstáculos? ¿No crees que podría volver a resistir las adversidades para salir adelante? ¿Cuándo dejaste de amarme?

El apasionamiento en la voz de Matt estuvo a punto de hacerla claudicar.

Matt pensaba que Cristina ya no lo amaba, que lo culpaba de la infertilidad y que por eso lo había abandonado. Era evidente que estaba afligido y dolido. ¡Si él supiera!

Estuvo a punto de sacarlo de su error, de decirle que en realidad era ella la que se culpaba y que quería que él pudiera hacer su vida lejos con una mujer que sí pudiera darle hijos. Sin embargo, una idea vino a su mente.

Si ella le decía la verdad, muy posiblemente Matt intentaría convencerla de regresar con él, argumentando que la amaba y que no necesitaba hijos. Entonces, ella sucumbiría ante la insistencia de su marido y una vez más le negaría la posibilidad de ser padre. En cambio, si alimentaba la hipótesis de Matt, si le decía que no lo amaba, él terminaría por alejarse de ella, conocería a otra mujer, formaría una familia y entonces todo saldría como ella lo había previsto.

—No tiene caso —dijo ella tratando de aparentar una indiferencia que no sentía—. El hecho es uno solo. No te amo, así que por favor vete. Quiero estar sola.

Para Cristina no pasó desapercibido el gesto de profundo dolor que surcó el rostro de su marido. Sintió pena, pero tenía que ser fuerte y mantenerse firme en su decisión.

Secretamente, Matt había tenido la esperanza de que su esposa le revelara una historia desconocida, que le dijera que en realidad sí lo amaba, pero que existía alguna fuerza externa que la había obligado a abandonarlo. Entonces, juntos lucharían contra cualquier cosa y volverían a ser la pareja enamorada de siempre. Pero las cosas no eran así. Ella le había confirmado que no lo amaba y eso le laceró el corazón.

El hombre se alejó de ella en un intento de ocultar su expresión. Había ido con la intención de recuperar a su esposa, y ni siquiera esas palabras de rechazo podrían desanimarlo.

—No me voy a ir —dijo él con voz firme.

—No eres bienvenido.

—Eso lo sé... —dijo él regresando a ella—. Pero no puedo irme... Por si no lo sabes, los caminos están casi intransitables. El hombre que me trajo aquí, se enfadó bastante y me dijo que no regresaría. Además...

Matt volvió a tomarla por los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Aunque lo que sentías por mí haya muerto, sé que un día me amaste. Nuestra historia de amor es muy particular. Fue en Navidad, ¿recuerdas? La Navidad más magnífica de nuestras vidas. Después de todo lo que vivimos en la adolescencia, nos dimos cuenta de que nos amábamos con locura, y desde ese momento no habíamos dejado de adorarnos. Me niego a creer que aquel amor haya desaparecido por completo de tu corazón. Así que voy a quedarme y voy a convencerte de que a un sientes algo por mí.

—Es absurdo... no es posible —dijo ella tratando de escapar de él, sin lograrlo. Si seguía por ese camino, la convencería.

—No lo es. Voy a proponerte algo. Vamos a estar aquí juntos hasta el día de Navidad. Yo trataré de revivir aquel amor que sentías, y Tú tratarás de convencerme de que no es posible.

—Estás loco, por favor, suéltame —dijo ella.

—¿A qué le temes? ¿A que yo te convenza?

—Claro que no.

—¿Entonces, por qué no quieres aceptar?

—Porque... porque... es tonto... quiero estar sola...

yo... no te amo...

—Pues te digo ahora mismo, Cristina, y te lo juro:
volverás a amarme en Navidad.

Antes de que ella pudiera responderle, Matt la encerró
entre sus brazos y la besó.

Capítulo 5

La boca de Matt se apoderó de la de ella con un beso tierno y a la vez firme. Los labios se apoyaron suavemente sobre los de ella y los separaron para invadir la cavidad de la boca con su lengua. Las manos masculinas la tomaron, una por la nuca y la otra por la espalda para acercarla y sostenerla firmemente entre sus brazos.

Para Cristina, recibir aquel beso era como regresar al hogar. Un estremecimiento de alegría la recorrió por entero al volver a sentir aquellos brazos cálidos rodeándola, aquella boca sensual y amorosa besándola, aquel cuerpo fuerte sosteniendo el suyo. No solamente separó sus labios para permitir que la lengua de su esposo tocara la de ella, sino que participó activamente en el beso, adelantando su propia lengua para recibir la tierna caricia. Su cuerpo se pegó al de él para tener un mayor contacto y sus manos se posaron sobre el pecho de Matt para sentir los rápidos latidos de su corazón.

Era el mismo paraíso.

Un calor que no provenía ni de los calefactores ni de

la chimenea comenzó a invadirla. Era una calidez que nacía de su vientre, de su pecho, y que se extendía por cada fibra de su ser para llevarla a revivir el deseo que siempre estaba presente con la proximidad de su esposo.

¿Cuánto había añorado aquel contacto? Hacía unos instantes había estado pensando en Matt, y ahora estaba allí, besándola y abrazándola con la misma pasión de siempre.

Era una locura.

Por más ganas que tuviera de caer en la magnífica tentación de continuar con aquello, era plenamente consciente de que hacerlo echaba por la borda todo su esfuerzo. Tenía que ser fuerte, resistir.

Con un rápido movimiento, empujó a Matt y se alejó de él unos pasos. Estaba temblando, tanto que temió que las piernas no pudieran sostenerla.

—¿Cómo te atreves? —preguntó la joven imitando un tono indignado.

—¿Cómo me atrevo? Mi amor, eres mi esposa, llevamos juntos casi seis años, te amo y estoy seguro de que tú también me amas. Te sentí tan tierna, tan dulce y tan apasionada en ese beso, que no sé por qué insistes en que no me amas —Matt se acercó a ella mientras sus palabras salían de su boca en roncros susurros seductores.

—Yo... no es verdad, me tomaste por sorpresa, eso es

todo —mintió ella—. Y ahora, toma tus maletas y sal de aquí, no eres bienvenido.

Matt sonrió lentamente. Se había jugado el todo por el todo en aquel beso. Era una especie de prueba para tratar de adivinar si su esposa todavía sentía algo por él. Y todo había salido conforme a lo esperado. Por más que Cristina lo negara, él se había dado cuenta de que el beso la había afectado tanto como a él. Ahora estaba nerviosa, pero notaba por el sonrojo de sus mejillas, por sus labios húmedos y por la agitación de su pecho, que ese contacto le había gustado.

Aquel beso había estado a punto de lanzarlo al suelo. Todas esas semanas sin sentir el contacto de su mujer habían dejado en su cuerpo una añoranza por ella que se disparó en el momento en que volvió a tenerla en sus brazos. La respuesta ardorosa de su esposa solo le había demostrado que él tenía razón, que algo del amor que Cristina había sentido por él todavía ardía en su pecho. Así que tenía que llevar a cabo su plan, y este, por supuesto, no contemplaba la posibilidad de abandonar aquella cabaña.

—¿A qué le temes?

—¿Temer? A nada —respondió ella rápidamente.

—¿No tienes miedo de descubrir que sigues amándome?

—Estoy muy segura de mis sentimientos —Cristina se

dijo que por lo menos no mentía: era consciente de que lo amaba.

—Entonces no debes temer que me quede —dijo Matt alejándose unos cuantos pasos para observar el lugar—. Elegiste una cabaña encantadora. Un sitio perfecto para unas vacaciones. Creo que me gustará.

El hombre se sentó en el sillón que ella había ocupado antes, justo frente al fuego.

—Matt, quiero estar sola...

—Me temo que no es posible. Además, tú misma dices que no tienes miedo de nada, así que no debes preocuparte. La cabaña es lo suficientemente grande para los dos.

Cristina tenía una sensación de irrealidad. Hacía menos de diez minutos había estado pensando en su esposo, extrañándolo terriblemente, y ahora estaba con ella en aquel mismo sitio. Hacía unos instantes había experimentado en sus brazos aquel conocido deleite que la invadía siempre que compartía un gesto amoroso con Matt.

—No quiero que estés aquí —insistió Cristina caminando hacia él—. Quiero mi espacio, quiero estar lejos de ti.

Matt la observó unos instantes.

—Convénceme. Acepta mi reto. Vamos a permanecer aquí juntos hasta el día de Navidad. Mi misión será

convencerte de que todavía me amas, y la tuya demostrarme que no sientes nada por mí. Si para esa fecha no he logrado convencerte, te prometo que me marcharé y que te daré el divorcio o lo que quieras.

—Claro que no. Lo que propones, no tiene ningún sentido. Te abandoné, y debes respetar esa decisión.

—Por supuesto que tiene sentido. De hecho, será la única manera en la que logres convencerme de que no me amas: conviviendo conmigo demostrándome que ya no sientes nada por mí. Si me marcho ahora, volveré a buscarte cuando regreses, seguiré persiguiéndote y asediándote, no te dejaré en paz, y no te daré el divorcio. Las cosas podrían ser sencillas como te las propongo, o podrían complicarse mucho si te niegas. Además, no comprendo tu negativa, aseguras no tener miedo y estar muy segura de tus sentimientos, entonces demuéstremelo.

A pesar de que le había insistido en que se marchara, conocía a su esposo y sabía que no lo convencería tan fácilmente. Él estaba decidido a reconquistarla. *Volverás a amarme en Navidad*, le había dicho. Había puesto como plazo el día de Navidad, un poco más de un mes. ¿Podría resistir tanto tiempo con el sin delatar sus sentimientos?

Si lograba convencerlo, le daría el divorcio, y él tendría la posibilidad de encontrar a una mujer que pudiera

darle hijos. Solo tendría que permanecer firme en su determinación, resistirse a cualquier estrategia que utilizara para tratar de convencerla. Sabía que no sería fácil, pero si mantenía en su mente el propósito por el cual había decidido separarse de Matt, estaba segura de que podría salir victoriosa.

—Está bien. Acepto tu reto —dijo ella con aplomo.

Matt dejó ver una sonrisa triunfante. Si alguien conocía el corazón de su esposa era él, y estaba convencido de que podría reconquistarla, sabía que el amor que sentía por él estaba dormido en el fondo de su corazón.

Capítulo 6

—Cada vez hace más frío, ¿no crees? —preguntó Matt casual mientras se sentaba junto a ella frente a la chimenea.

Había pasado más de una semana, y en esencia, la relación entre Cristina y Matt no había avanzado.

Aquella tarde, después de que Cristina aceptara el desafío de Matt, le había mostrado otra de las habitaciones para que se instalara. Enseguida, le había dejado claro que no iba a cocinar para él, y que su contacto iba a ser el mínimo posible. Ella se había retirado a su habitación y no había vuelto a salir de allí, ni siquiera para cenar aquella noche. Tampoco abrió la puerta cuando Matt le trajo la cena, así que él tuvo que dejarla en una mesilla en el pasillo, justo donde la encontró al otro día, pues Cristina se había negado a comer.

En los días siguientes, Matt había hecho grandes esfuerzos por tratar de acercarse a ella. Preparaba las comidas y ponía un cubierto para Cristina, quien se había negado a acompañarlo, y había preferido preparar sus

propios alimentos.

Aunque al principio el hombre se había desanimado, se dijo que la renuencia de su esposa solo indicaba que tenía miedo de su proximidad y que por eso ponía una muralla de indiferencia entre los dos. Solo tenía que quebrar esa barrera para llegar a su corazón. De tal manera, que no se rindió ni se desanimó, sino que cada día se acercaba más a ella.

—Te preparé un té como te gusta —dijo él poniéndolo sobre la mesilla frente a ella.

Cristina apenas observó el pocillo de donde salía el vapor del líquido. A su nariz llegaba el aroma de la bebida que se adivinaba deliciosa. Sin embargo, no lo tomó y fingió seguir leyendo el libro que tenía en sus manos y en el que no había avanzado más allá de la tercera página.

Resistir la insistencia de su esposo estaba costando más trabajo del que si había imaginado. Matt era absolutamente atento con ella, se esmeraba al máximo por agradarla, y aunque ella demostraba desdén, cada nuevo halago hacía que su corazón se inclinara hacia su amado.

—¿No te cansas? —preguntó ella fingiendo hartazgo—. ¿Por qué no entiendes que no quiero nada de ti? No tienes por qué seguir preparando una comida que no pienso tocar, ni esforzarte en agradarme cuando sencillamente no me interesa.

Cristina apenas había hablado o respondido con unos cuantos monosílabos en los días previos, pero sentía que no podía dejar que la situación siguiera avanzando por ese camino.

Matt sonrió. Aquella respuesta extensa y airada solo le confirmaba que su decisión había sido la correcta.

—Jamás me cansaré de amarte —respondió con un tinte apasionado en su voz—. ¿Sabes? Siempre he creído que nací para ti. Te he amado desde que te conocí, aunque yo era un chico de solo diecisiete años y tú una niña airada y llorosa de once. Desde el instante en que tus ojitos tristes se encontraron con los míos me di cuenta de que nuestras almas estarían unidas para siempre.

El corazón de Cristina saltó en su pecho ante aquellas palabras.

—¿Te acuerdas? Decías que nos odiabas porque creías que te robaríamos el amor de tu padre. Mi madre y yo solo queríamos conocerte y darte nuestro cariño. Pero tu temor era más grande.

La joven no pudo evitar recordar aquella etapa de su vida. Había sido una niña rebelde que no quería compartir el amor de su padre con la nueva esposa y el hijo de esta, a pesar de que ellos siempre se habían mostrado amables, tiernos y tolerantes. Cristina había sido no solo grosera, sino

también malintencionada. A tal punto, que cinco años después del matrimonio de su padre con Maura, y debido a un incidente, había cometido una maldad que había alejado a Matt de la casa para siempre. La conciencia de su error y el dolor de su padre y su madrastra la habían hecho recapacitar y darse cuenta de lo impropio de su conducta. Entonces su corazón había cambiado, pero el daño ya estaba hecho.

Quizás esa incapacidad de concebir era solo un castigo por lo que le había hecho a Matt en aquella época. Tal vez estando junto a Matt solo le haría daño, por eso debía alejarse de él, aunque aquella decisión le rompiera el corazón.

—No me importó que pasaran los años —continuó Matt—. Yo seguía pensando en ti. Comparando a cualquier mujer que conocía contigo y preguntándome una y otra vez cómo estarías. No te imaginas lo maravilloso que fue descubrir que me habías estado buscando, que querías volver a verme.

Seis años atrás, la joven lo había encontrado, justamente para la Navidad, con la intención de enmendar su error del pasado. Había estado buscándolo durante cuatro años y para ella fue un verdadero regalo encontrarlo en esa época. Aunque habían pasado ocho años desde el incidente que había alejado a Matt, Cristina se dio cuenta entonces que

también lo amó desde siempre, a pesar de que en su rebeldía de adolescente se había repetido una y otra vez que lo odiaba.

—No quería volver a verte... yo solo... quería que tu madre fuera feliz... —respondió ella a la defensiva.

Matt sonrió.

—Quizás esa fue la intención, pero tú y yo sabemos perfectamente que bastó con volver a vernos para darnos cuenta de que aquellos sentimientos seguían tan vivos como antes, y aún más fuertes, porque ya no éramos un par de jovencitos, sino un hombre y una mujer.

Los recuerdos de aquel primer encuentro volvieron a la mente de Cristina. Lo primero que había pensado era que los años habían pasado por Matt con benevolencia convirtiéndolo en un hombre verdaderamente atractivo. Aunque él la había tratado inicialmente con desdén, hubo un instante en que sus cuerpos estuvieron tan cerca que pudo percibir la electricidad entre ellos.

Un estremecimiento la recorrió ante aquel recuerdo.

La siguiente vez que se vieron, él la había besado y ella se había asustado. No había temido a Matt, sino a la agitación en su cuerpo gracias a aquel maravilloso beso.

—Nuestro primer beso fue realmente maravilloso —dijo Matt como si le hubiera leído la mente—. No podía creer que tenía entre mis brazos a la hermosa y rebelde Cristina, el

amor de mi juventud, el amor de mi vida. Y lo mejor, era que ella respondía a mi beso con la misma pasión.

—¡Eso no es verdad! —dijo Cristina levantándose del sofá y caminando unos cuantos pasos hasta llegar al frente de la chimenea. Las palabras de Matt la estaban afectando profundamente y aquellos maravillosos recuerdos solo la hacían añorar lo que no podría volver a tener.

—¡Vamos! ¿A quién tratas de engañar? —dijo Matt levantándose y caminando hacia ella, deteniéndose justo a su espalda—. Estuvimos casados seis años, no puedes negar lo que hubo entre nosotros durante todo ese tiempo.

—No tiene caso recordarlo.

—Será quizá porque todavía lo sientes. Si en realidad hubieras dejado de amarme, aquellos recuerdos no te perturbarían.

—No me perturban —dijo ella girándose para mirarlo de frente.

Matt aprovechó para poner sus manos en la cintura de la joven y acercarla a su cuerpo. Luego la estrechó contra sí para sostenerla por la parte baja de su espalda.

—¿Y tampoco te perturba mi contacto? ¿No sientes nada cuando te tengo así? —preguntó el hombre con voz seductora mientras acercaba su rostro al de ella.

Un intenso calor recorrió a Cristina. Su vientre

comenzó a temblar con aquella conocida sensación que la invadía ante la proximidad del hombre que amaba. Tenía unas ganas enormes de entregarse a aquel contacto, de apoyar sus labios sobre los de su esposo para compartir uno de esos besos que solo ellos conocían, una magia que no le pertenecía a nadie más en el mundo. Sería tan fácil posar sus manos sobre los hombros de su esposo para después fundirse en un ardoroso abrazo... Sería tan fácil caer en la tentación y terminar con el dolor de la separación.

—Claro que no —respondió ella en lugar, tratando de imprimir indiferencia en su voz.

—¿Y si te besara? —preguntó ahora Matt acariciando suavemente la espalda de su esposa mientras sus brazos firmes la estrechaban contra su cuerpo cálido—. ¿Tampoco sentirías nada?

—No —respondió ella en un susurro.

—Entonces... podría besarte... —la boca de Matt estaba a unos milímetros de la de ella, que lo miraba hipnotizada mientras sus labios, como por voluntad propia, se abrieron para recibirlo.

—No... no te atrevas.

—¿Por qué? Si estás segura de que no sentirías nada, déjame besarte y convencerme por mí mismo de que ya no me amas.

Cuando los labios masculinos estuvieron a punto de tocar los de ella, la joven se liberó del abrazo y se alejó un par de pasos.

—Te dije que no —afirmó ella tratando de aquietar los rápidos latidos de su corazón, a la vez de que componía su semblante para no delatar sus sentimientos.

—Cobarde —dijo él después de dejar oír una risa musical.

—No es cobardía...

—Claro que sí. Si en realidad estuvieras tan segura de lo que sientes, dejarías que te besara —dijo él con naturalidad.

—Es absurdo lo que dices. Así que, por favor, déjame en paz.

—Te propongo otro reto —dijo Matt cuando notó la intención de retirada por parte de Cristina.

—No me interesa.

—Cada día me regalarás un beso. Si al cabo de una semana no he logrado convencerte de que todavía hay algo entre nosotros, me marcharé inmediatamente.

Cristina lo observó por un momento sin decir nada.

Había aceptado su reto anterior de convivir con él hasta Navidad, y era algo que le estaba costando mucho trabajo. Era imposible ignorar la presencia del hombre que

amaba, y más cuando se estaba esmerando en llamar su atención. Sus constantes comentarios halagadores, sus atenciones hacia ella y su solo ser allí, la llenaban de unas enormes ganas de rendirse.

Sabía que no podía aceptar ese nuevo reto, por qué era plenamente consciente de que no podría permanecer impasible al magnífico contacto.

No obstante, si sacaba la fuerza de voluntad suficiente como para resistirse, podría hacer que Matt se marchara mucho más pronto y ella podría seguir con el plan original. Solo tenía que ser lo suficientemente fuerte como para resistirlo.

¿Podría hacerlo?

—Pero que sea una sola semana. Entonces te irás y me darás el divorcio —dijo ella.

Matt sonrió.

Por un lado, sentía algo de miedo, pues Cristina estaba levantando todas sus resistencias contra él. Por otro lado, se dijo que tenía que ser tan persuasivo como para demostrarle que su amor seguía vivo.

—Siete días. Te lo juro. Ahora ven aquí.

La joven sintió que un escalofrío la recorrió. Sabía que había dado su palabra, pero tenía que admitir para sí misma que tenía miedo. Matt quería cobrarse su beso ahora, y ella

no se sentía preparada para resistirlo. Sin embargo, no tenía otra opción. Así que, dando un largo respiro, trató de aquietar su corazón ansioso y caminó despacio hacia él.

Una vez estuvo frente acercó su rostro al de él para ofrecerle sus labios.

Sin embargo, Matt no la besó. Simplemente sonrió mientras apoyaba sus manos sobre los hombros de la muchacha.

—No, así no —dijo Matt—. Estás tensa, y yo te quiero relajada. Ven acá.

Matt la tomó de una mano y la llevó hacia el sofá que habían compartido hacía unos instantes. Se sentó y la ayudó a ubicarse a su lado. Después, pasó su brazo sobre los hombros de la joven y la haló suavemente para que ella se reclinara sobre él. Enseguida, masajéo uno de los brazos de la muchacha.

Durante unos instantes, Cristina se quedó inmóvil. Se sentía tan bien así, pegada al hombre amado, protegida por ese fuerte brazo. Aquel tierno y conocido contacto la envolvía en un agradable calor que poco a poco iba aquietando sus nervios.

Instantes después, Matt comenzó a moverla, para ubicarla en sus brazos, de tal manera que ella quedara acunada entre ellos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella sin resistirse a la nueva posición.

—Prepararte para mi beso de hoy —dijo él acariciándole el labio inferior, antes de inclinarse sobre ella y besarla.

A pesar de que el beso la tomó por sorpresa, Cristina no se sintió asaltada ni alarmada. El abrazo tierno y los labios suaves surtían un efecto relajante y a la vez embriagador.

La boca de Matt se movió sutilmente sobre la de ella para rozar los labios de manera seductora. Segundos después, le separó los labios femeninos para invadir el interior con su propia lengua, húmeda y suave, de una manera tan dulce y sutil que Cristina estuvo a punto de perder el conocimiento por la oleada de placer que la invadió. Era maravilloso sentir aquel toque suave y seductor al mismo tiempo. Una nube cálida la envolvió de pies a cabeza llenándola de un profundo goce que la hacía flotar.

¿Cómo podía negarse a aquel maravilloso deleite?
¿Cómo renegar de los propios dictados de su cuerpo y su alma enamorada?

Estar en los brazos de Matt era el mismo cielo. Sentía unas enormes ganas de tocarlo, de estirar sus brazos y acariciarlo, de transmitirle en un abrazo lo que estaba sintiendo.

Lo que Matt sentía no distaba de las emociones de ella.

Aunque se había propuesto permanecer calmo y mantener el control del beso para poner en él toda la conciencia posible y hacerla sucumbir, sentir el cuerpo tibio y sedoso de su esposa entre sus brazos era más de lo que podía soportar.

Aquel beso explorador le permitía volver a sentir el deleite que había añorado durante tanto tiempo. Su cuerpo comenzó a responder con el natural deseo ante aquella proximidad. De súbito, el beso no fue suficiente, necesitaba más.

Una de las manos masculinas se posó sobre el abdomen de la muchacha y comenzó a masajearlo con sutileza. Poco a poco, aquella mano fue ascendiendo hasta posarse sobre uno de los blandos montículos de los senos. Allí la palma se posó con suavidad, apenas tocando, haciendo una presión ligera. Enseguida, el pulgar travieso empezó a jugar con el pezón ya endurecido debajo de la ropa. Un profundo suspiro salió de la boca de Cristina, revelando el deseo del que ella también era presa.

Enseguida, los dedos de Matt buscaron los botones de la blusa para desabrocharlos y acariciar la piel caliente. Esos mismos dedos se introdujeron bajo la tela del sujetador para tener un contacto directo con el pequeño botón de carne que

se erguía endurecido.

Cristina sentía que su cuerpo ardía. Aquella boca y aquella mano la estaban llevando al límite. El contacto la hacía recordar otros tantos compartidos con aquel hombre. Muchas noches de pasión, muchas mañanas de deleite. Era imposible resistirse cuando su cuerpo le gritaba que debía caer en la tentación.

Y si lo hacía, todo sería en vano. Lo único que podía ofrecerle a Matt era su cuerpo y su pasión, pero no un hijo, jamás un hijo.

Aquel pensamiento fue suficiente para que Cristina hiciera acopio de toda su fuerza de voluntad y rompiera con aquel contacto.

Con un rápido movimiento, la joven se incorporó y se liberó de los brazos de Matt, a la vez que reorganizaba su sujetador y su blusa con manos temblorosas. Se alejó unos pasos de su esposo.

—Eres un abusivo... ese no era el trato... dijiste un beso... —le reclamó sin mirarlo, pues sabía que en su rostro se podría leer el deseo.

—Mi amor, te amo. No me pidas que no te toque cuando mi cuerpo y mi alma te desean con tanta pasión. ¿No te das cuenta de lo que hay entre nosotros? Siempre ha estado allí y siempre estará, por más que lo niegues. Este

maravilloso beso, este contacto me bastó para saberlo. ¿Por qué no te rindes de una vez? ¿A qué le temes? ¿Por qué no me cuentas qué pasa?

—No pasa nada... yo... no te amo... no te deseo...

—¡Basta, mi amor! Te sentí temblar entre mis brazos, tu cuerpo me reveló tu pasión, añorabas tanto el toque de mis manos como mis manos deseaban tocarte —Matt se acercó a Cristina y pegó su pecho a la espalda de ella para después rodearla con sus brazos—. No te resistas más, mi amor.

—¡Suéltame! ¡Déjame en paz! —dijo la muchacha liberándose y saliendo del lugar para correr hacia su habitación y encerrarse dando un portazo.

Matt todavía no comprendía qué había sucedido. En un instante compartían una dulce pasión, y al siguiente ella se alejaba e insistía en que no había nada entre ellos.

De alguna manera se sintió victorioso porque comprobaba que Cristina todavía sentía algo por él. Solamente estaba enfadada por qué no podía darle hijos. Pero eso no tenía que ser impedimento para estar juntos. Tenía que hacerle entender que si se amaban, podían superar cualquier cosa por la fuerza de ese amor.

Volvió a sentarse en el sillón a observar fijamente el fuego que ardía en la chimenea mientras que su mente planeaba el siguiente paso.

Ahora que estaba más cerca de recuperar a su esposa que nunca, nada lo haría flaquear.

Capítulo 7

—Quiero que el beso de hoy sea en la noche, prepararé una cena especial para nosotros.

Esas fueron las primeras palabras que Matt le dijo a Cristina la mañana siguiente cuando la encontró en la cocina.

Después del interludio de la tarde anterior, Cristina se había encerrado en su habitación igual que el primer día y no había vuelto a salir. Matt no la buscó por qué no quería atosigarla, pues sabía que ella necesitaba estar sola para pensar en lo que había sucedido. A lo mejor, en la soledad de su cuarto por fin se convencía de que lo amaba y lo necesitaba.

—¿Estás loco? Después de lo que pasó ayer... no habrá más besos —dijo ella.

—Tenemos un trato —dijo él.

—Un trato que tú incumpliste —reclamó ella.

—No lo incumplí.

—Te atreviste a tocarme cuando me dijiste que solo se trataría de un beso.

—Nunca dije que no intentaría algo más. Te pedí un beso diario y tú lo admitiste, si el beso lleva a algo más, no es mi culpa —admitió Matt sonriendo.

—Eres un tramposo.

—En la guerra y en el amor todo se vale.

—¿Así que crees que esto es una guerra?

—No, esto es el amor. El amor que he sentido por ti desde siempre y que jamás se acabará. ¿Por qué no te dejas de cosas y admites de una buena vez que me amas tanto como yo a ti? Nuestro amor es tan grande que superó lo que sucedió hace tantos años atrás y nos ha dado seis maravillosos años de felicidad.

Cristina quería salir corriendo.

Había pasado una larga noche de insomnio porque su cuerpo no hacía otra cosa más que a recordarle lo maravilloso que era ser amada por Matt. A su mente habían acudido memorias de aquella época en la que se habían confesado su amor y habían iniciado su fantástica relación. Había rememorado las horas vividas en perfecto amor y en maravillosa armonía. Su cuerpo le había recordado lo grandioso que era dormirse entre sus brazos y despertarse sintiendo su calor.

—¡Basta! —dijo ella—. No seguiré con este asunto. Quiero que te marches ahora.

—Con eso solo me estás dando la razón. Si quieres que me marche es porque sabes que en cualquier momento puedes sucumbir a lo que sentimos.

—No, eso no es verdad.

—Entonces cumple el trato. Nos quedan seis días para probar. Un beso por cada día, seis besos. ¿Qué puedes perder?

Cristina sabía qué podría perder la voluntad de mantenerse firme en la decisión tomada. No obstante, si se seguía negando, Matt se sabría ganador de antemano. El día anterior le había costado resistirse, pero lo había logrado. Tenía que soportar seis días más y con eso podría sacar a Matt de su vida para siempre.

—Está bien. Continuaremos con este absurdo trato, y dentro de seis días te darás cuenta de que yo tengo la razón.

—Perfecto —dijo Matt sonriendo—. Esta noche vas a cenar conmigo y al final de la cena compartiremos nuestro beso.

—No, nada de cenas...

—No puedes poner tú las condiciones. Aceptaste el reto y todo lo que venía con él —dijo Matt interrumpiéndola—. Así que te espero esta noche.

Sin decir nada más, Matt abandonó la cocina.

Cristina sabía que tenía que ser más fuerte que nunca.

Un estremecimiento la recorrió, y aunque trató de decirse que era miedo por lo que podría suceder aquella noche, algo en el interior de su corazón le dijo que era el placer de volver a compartir una cena con su esposo.

Después de mirarse por última vez en el espejo y de darse valor, Cristina abandonó su habitación y se dirigió al comedor donde sabía que Matt la esperaba.

En efecto, allí estaba.

A pesar de llevar un atuendo informal, se veía extremadamente guapo.

Sacudió aquel pensamiento de su mente y se acercó para notar que la mesa estaba dispuesta.

—Buenas noches, mi amor. Bienvenida —dijo Matt moviendo la silla para que ella se sentara.

Instantes después, Matt destapó las fuentes y sirvió la cena.

Cristina no se sorprendió al ver que había preparado un salmón almendrado acompañado por unas setas gratinadas, su plato favorito. De postre había un trozo de

tarta de chocolate y fresas. Por supuesto, también había una botella de champaña.

—¿Recuerdas la primera vez que cenamos juntos? —preguntó Matt—. No pude evitar confesarte lo que sentía por ti. Ese día nos besamos por primera vez, y tú saliste corriendo.

Cristina no pudo evitar sonreír ante el recuerdo.

Ella lo había buscado para enmendar el error que había cometido en su adolescencia. Matt solo le había dicho lo ha traído que se había sentido siempre por ella y al final habían compartido un beso dulce y a la vez explosivo. Se asustó tanto de sus propios sentimientos que se marchó rápidamente.

—Te ves hermosa sonriendo —dijo Matt al observar el gesto de su esposa.

Inmediatamente, Cristina bajo el rostro y compuso su semblante.

—No tienes por qué seguir negándote a tus sentimientos, mi amor. Lo que compartimos es tan fuerte que podrá superar cualquier problema. Y te lo voy a demostrar.

Cristina no supo qué contestar, entonces se concentró en la deliciosa cena.

Matt conversaba y ella solo escuchaba. No hacía más que traer a su mente los recuerdos de su magnífica relación:

el día de su boda, la luna de miel, su primer aniversario, sus vacaciones juntos, todas las noches compartidas, uno en brazos del otro, amándose con ternura y pasión, demostrándose lo mucho que se amaban.

Cada segundo que pasaba era más difícil que el anterior. Los recuerdos evocados y la forma en la que hablaba de ellos solo agitaban en su interior la añoranza por aquellas maravillosas horas felices.

—¿Te gustó la cena? —preguntó Matt al final.

—¿Podríamos terminar con esto de una buena vez? —preguntó ella impaciente.

—Eso es precisamente lo que quiero, que termines con esa resistencia que solo nos hace daño a los dos. Vamos, mi amor, dime que me amas.

Cristina respiró profundamente mientras controlaba las emociones completamente agitadas en su pecho.

—Estoy lista para el beso —dijo ella simplemente.

—No tan rápido —dijo Matt antes de levantarse de la mesa—. Quiero que bailes conmigo.

—Por supuesto que no, creo que estás...

—Ya te dije, no estás en posición para poner condiciones. Así que ven conmigo —la interrumpió Matt mientras la tomaba de la mano y la llevaba hacia la salita, justo frente a la chimenea.

Rápidamente puso música suave y enseguida se dispuso a bailar con su esposa.

La tomó en sus brazos con delicadeza y a la vez firmeza, y comenzaron a moverse suavemente al son de la melodía.

—Estás hermosa. Tú siempre lo estás, pero esta noche estás más bonita.

—Estoy igual que siempre —mintió ella al recordar que se había maquillado con especial esmero y también se había arreglado el cabello—. No tengo ningún traje adecuado para la ocasión.

—Yo hablo de tu belleza, no de tu atuendo. Con cualquier traje eres hermosa, y eres aún más hermosa desnuda.

Cristina se estremeció no solo por el comentario, sino también por la pasión de su voz al decirlo. Se removió inquieta tratando de alejarse de él, pero su esposo no lo permitió.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor? Tú te mostrabas igual de tímida y huidiza que ahora —preguntó mientras sus brazos la acercaban más a él. Había notado que se había inquietado por el comentario anterior y se dijo que no podía dejar pasar aquella oportunidad.

—Matt... no quiero que hablemos de eso...

—¿Por qué? Son recuerdos hermosos. En aquel momento me dije que era un verdadero milagro el poder tenerte así, desnuda entre mis brazos, saboreando tu cuerpo, tu boca, compartiendo mi cuerpo contigo, la pasión, el deseo.

—Matt... por favor... no sigas... no hables más de eso...

—Tienes razón, no es hora de hablar... es hora de mi beso —dijo él antes de poner sus labios sobre los de ella.

Una vez más, la potencia del contacto estuvo a punto de derribarlos.

Las bocas se buscaron, primero con ternura y después con una pasión incontrolable. Las lenguas se tocaron y se saborearon con verdadero deleite, regocijándose en su unión.

Los brazos de Matt ciñeron el esbelto cuerpo de Cristina contra el de él. La joven pudo sentir la potencia del deseo de su esposo, lo que hizo que el anhelo reviviera en ella con más fuerza que nunca. Desde su vientre comenzó a esparcirse por todo su cuerpo un conocido calor y una sensación anhelante imposible de ignorar.

No pudo resistirse más. La joven echó los brazos al cuello de su marido para pegarse más a él todavía si era posible y con eso firmar su rendición.

La ardorosa respuesta de Cristina le dejó ver a Matt que por fin ella admitía que lo amaba. Se sintió exultante, así

que comenzó a recorrer el cuerpo de la joven con sus manos. Primero la espalda, después las caderas para posar las manos sobre las nalgas y oprimirla hacia él para demostrarle de manera patente su deseo.

Un dulce y sonoro suspiro escapó de los labios de la joven mientras mecía ligeramente el cuerpo hacia él, mostrándole que ella también lo deseaba.

Matt la levantó en sus brazos y se arrodilló frente a la chimenea para acostarla sobre la alfombra frente al fuego. Enseguida se recostó junto a ella y reanudó aquel dulce y sensual beso.

Poco a poco, la ropa fue desapareciendo, no querían que nada se interpusiera en el contacto de sus pieles.

—No te imaginas cuánto te he extrañado, mi amor. No sabes cuánto he añorado tus besos, tu cuerpo, tu amor — susurró él.

Lo sé, yo también te he extrañado, pensó ella mientras sus manos se deleitaban en la cálida piel desnuda de su esposo.

La boca de Matt se deleitó en el cuerpo femenino. La besó en los labios para después lamer su cuello y descender por el valle entre sus pechos y finalmente apoderarse de uno de los pezones. Allí lamió y succionó sintiendo la respuesta ardorosa del cuerpo de su mujer. Descendió con su boca

hacia el abdomen y más abajo, donde se detuvo sobre el montículo de rizos para separar los pliegues y encontrar el humedecido botón de carne y el centro de su feminidad.

La acarició primero con las manos y después con su boca. Cristina se retorció debajo de él sin poder evitar el cúmulo de sensaciones que la envolvían.

—Matt... Matt... —susurraba en su febril deseo.

—Dímelo, vamos, mi amor, dímelo —dijo él antes de volver a saborear su boca—. Necesito oírlo.

—Te amo, Matt —susurró ella mientras recorría la espalda masculina con sus manos.

—Yo también te amo —dijo él antes de dirigir su masculinidad a la entrada de la cálida caverna que lo esperaba ávida de deseo.

La penetró despacio, deleitándose en aquel contacto, disfrutando el reencuentro después de tanto tiempo de separación, sintiendo su unión milímetro a milímetro, teniendo plena conciencia del placer que los envolvía.

La joven dejó escapar un profundo gemido de deleite. Lo había necesitado tanto, lo deseaba tanto y lo amaba tanto, que aquella unión era el mismo paraíso.

Los cuerpos, ahora unidos, comenzaron a mecerse a un ritmo acompasado, primero suavemente y poco a poco aumentando la fuerza y la cadencia de sus movimientos en

un baile íntimo que los envolvía en la magia más antigua y poderosa del universo: el amor.

Instantes después, el placer los invadió por completo, estallando en miles de estrellas doradas que se esparcieron por sus cuerpos y los llenaron del placer más profundo que pudieran recordar. Las palpitaciones y las sacudidas viajaban por cada fibra de sus cuerpos, llenándolos de la profunda felicidad producto de su unión.

Poco a poco, la laxitud llegó hasta ellos, mientras permanecían abrazados, besándose y acariciándose amorosamente.

Matt la tomó entre sus brazos y la llevó hacia su propia habitación. La puso sobre la cama y se acostó junto a ella.

—Matt...

—Shh, no hables... solo bésame —dijo él antes de volver a deleitarse en su boca.

Instantes después, el deseo volvía a ellos y nuevamente se demostraron lo mucho que se amaban.

Capítulo 8

Cristina se despertó con una sensación de saciedad y felicidad en su cuerpo, y una profunda tristeza en su alma.

Uno de los brazos fuertes de Matt la rodeaba por la cintura mientras que su pecho musculoso se apoyaba contra la espalda de ella. Debía admitir que despertar de esa manera, envuelta entre el calor del cuerpo de su amado, era fantástico; pero la incomodidad de su alma no la dejaba disfrutarlo.

Había sucumbido a la tentación, al deseo y al amor. Había hecho el amor con su esposo durante toda la noche, entre susurros de pasión, besos y caricias. En medio de la oscuridad se había sentido lo suficientemente valiente e impulsiva como para dar rienda suelta a sus sentimientos.

No obstante, ahora que la luz del día llegaba se iluminaba la realidad de su error y lo que implicaba aquella rendición: su plan original se iba por la borda.

Giró lentamente su cabeza y notó que Matt seguía dormido.

Era un hombre absolutamente atractivo. Aún dormido, con el cabello desordenado, se veía fabuloso. Era el hombre que la amaba, era el hombre que ella amaba. Era el hombre al que nunca podría darle la felicidad de ser padre.

Nuevamente la invadió el deseo de echarse a llorar.

No debía permitir que aquello que había sucedido entre ellos la asaltara con el deseo egoísta de permanecer a su lado. Tenía que pensar en él, tenía derecho a ser padre, a darle amor a un hijo.

Lo que tenía que hacer era levantarse y marcharse, abandonarlo una vez más para regresar al plan original.

Tenía que hacerlo en ese mismo instante, mientras Matt dormía, pues si despertaba y volvía a besarla, ella se entregaría nuevamente ardorosa en sus brazos y no podría irse.

Cuidadosamente retiró el brazo de su marido y se levantó de la cama para correr hacia su habitación.

Después de ducharse rápidamente, se vistió y tomó su maleta para empacar todas sus pertenencias. Se dijo que tenía que apresurarse, su esposo podría despertar en cualquier momento.

—Mi amor, ¿qué haces? —preguntó Matt desde la puerta. En su cara se notaba que acababa de despertar, su cabello estaba aún alborotado y su cuerpo estaba cubierto

apenas por una bata.

La muchacha no pudo evitar una sensación de ansiedad que recorrió todo su ser. Quería correr en ese mismo momento, escapar de su presencia para no tener que enfrentarlo ahora que su decisión era más firme que nunca.

—Estoy empacando mi equipaje —dijo ella mientras regresaba a su labor como si nada estuviera pasando.

—¿Quieres que nos marchemos tan pronto? Yo había pensado que podríamos disfrutar unos días más de este aislamiento, algo así como una segunda luna de miel, solos tú y yo —Matt se había acercado a la joven y la abrazó desde atrás.

Cristina se liberó del abrazo y se alejó de él.

—No, Matt. Me marcho, te abandono de nuevo —dijo abriendo uno de los cajones de la cómoda y sacando parte de su ropa. No quería mirarlo, pues sabía que si lo hacía, no podría dejarlo.

—¿De qué hablas? ¿Cómo dices que me abandonas otra vez después de lo de anoche?

—Lo de anoche fue un error —respondió ella poniendo la ropa dentro de la maleta y regresando a la cómoda para sacar otra más.

—¿Un error? —preguntó Matt asombrado—. Eso no es verdad. No hubo ningún error en la forma en la que nos

amamos, con pasión, con ternura, con deseo. Anoche dejaste ver tus verdaderos sentimientos, me repetiste una y otra vez que me amabas, y sé que eras sincera.

—No... yo... lo pensé mejor... en realidad lo de anoche no debió haber pasado —dijo ella guardando más ropa dentro de su maleta.

—Deja de hacer eso —dijo Matt tomándola por los hombros, impidiéndole moverse de un lado a otro—. Mírame a los ojos y dime que no me amas. Quiero que me lo digas con la misma pasión y la misma sinceridad que noté anoche, con ese mismo convencimiento.

Ella trató de soltarse, pero no lo consiguió, pues Matt la sostenía con firmeza.

—Suéltame, no tiene caso. Quiero irme —dijo ella sin mirarlo a la cara.

—Lo que no tiene caso es que sigas negando lo evidente. Quiero saber por qué estás haciendo esto. Anoche descubrí que el amor que sientes por mí todavía está vivo dentro de tu corazón. Deseas odiarme por qué no puedo hacerte un hijo, pero en realidad me amas.

—No, estás equivocado, no es eso... —afirmó ella.

—Lo dijiste en la nota que me dejaste. No he querido tocar el tema hasta ahora, porque primero quería convencerte de que aún me amas. Y ahora que lo sé, necesito que

hablemos sobre eso.

—No... no quiero... —dijo ella comenzando a llorar—. Por favor, déjame ir.

—Mi amor, no llores —dijo Matt abrazándola—. Nuestro amor es tan grande que saltará cualquier obstáculo. Sé cuánto te duele el hecho de que no hayas salido embarazada y sé que eso te hace querer odiarme... pero yo te amo con toda mi alma...

—Basta, no sigas...

—¿No puede tu amor soportar el que no concibas? —preguntó acariciando la espalda de la joven mientras ella apoyaba su mejilla sobre el hombro de él—. ¿Acaso nuestro amor no podrá vencer ese obstáculo y encontrar una salida? ¿Quieres odiarme por no hacerte madre?

—No entiendes nada —dijo ella.

—Entonces explícamelo —solicitó él tomando el rostro de la muchacha entre sus manos—. Yo necesito entender que te está pasando. ¿Por qué me abandonaste?

—Porque... porque... quiero que seas feliz.

—¿Qué? ¿Cómo dices que quieres que sea feliz cuando me apartas de tu lado? ¿Acaso no sabes que solo puedo ser feliz si estás en mi vida?

—Pero nunca... nunca podré darte un hijo... no puedo quitarte el derecho de encontrar a una mujer que sí pueda

darte hijos.

—Mi amor... ¿acaso te sientes culpable por no concebir?

—No me siento culpable, soy culpable.

—No digas eso, los análisis dicen que todo está bien en tu cuerpo.

—Pero no he podido quedar embarazada. Esto debe ser un castigo de la vida por lo que te hice hace tantos años.

Matt volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Mi amor, nadie recuerda eso ahora. Lo único en lo que puedo pensar es en los maravillosos años que hemos compartido juntos. No quiero que esa felicidad se termine, no quiero perderte.

—Pero tú... serías un padre estupendo... y no podrás serlo... —dijo ella separándose un poco de él para mirarlo a los ojos.

—¿Crees que eso me importa? —le preguntó él, limpiándole las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Por supuesto que sí —dijo ella—. En la fiesta de la empresa... cuando te vi con el pequeño Nick... me di cuenta de que... tienes mucho amor para darle a un hijo, y si no soy yo quien puede dártelo, que sea otra mujer...

Matt no podía creer lo que oía.

Su esposa lo había abandonado creyéndose culpable de

no poder darle un hijo, pensando que podría llegar a ser padre con otra mujer.

—Mi amor, Nick es un niño encantador, pero no te cambiaría a ti ni por mil Nicks.

—Pero tú quieres hijos...

—Los quiero, pero solo si tú eres la madre.

—Matt...

—¿Crees que podría vivir con otra mujer cuando es a ti a quien amo con toda mi alma?

—Me olvidarás con el tiempo...

—Te amo desde que tengo diecisiete años. No te olvidé en los ocho en los que estuvimos separados. ¿Crees que podría olvidarte después de haber pasado contigo los seis años más maravillosos de mi vida? Cristina, la única manera de que mi amor muera, será quitándome la vida. Y aún así lo dudo, porque si todavía tengo conciencia aún después de muerto, te seguiré amando.

Cristina se sentía en parte exultante y en parte preocupada. Era maravilloso saber que el amor de su esposo superaba incluso la imposibilidad de tener hijos, que lo que sentía por ella lo hiciera desistir incluso de la idea de ser padre. Sin embargo, se dijo que no tenía derecho de arrancarle esa posibilidad.

—Es que no es justo... no puedo vivir tranquila

sabiendo que no tendrás entre tus brazos un niño que te alegre la vida y te llame papá... No tengo derecho a quitarte ese privilegio...

—Un privilegio que quiero compartir solo con la mujer a la que amo.

—Pero yo no puedo...

—Shh. ¿No has pensado que concebir no es la única forma de tener un hijo?

La joven se quedó en silencio unos instantes mientras su llanto se mitigaba. Nunca había pensado en aquella posibilidad, pues cuando le dijeron que no había nada extraño en su cuerpo ni en el de su esposo, se dijo que quedaría embarazada y solo se había concentrado en esa opción.

—Nunca lo había pensado...

—¿Sería tan malo para ti no llevarlo en tu vientre? Siempre he creído que un verdadero hijo no es aquel que comparte con nosotros lazos sanguíneos, sino el que amamos y nos ama con todo el corazón. Francisco ha sido para mí como un padre, lo aprecio y lo respeto como tal. ¿Acaso no amas a mamá como si en realidad fuera tu madre? ¿No ha sido eso para ti durante años?

Cristina asintió mientras la idea iba tomando forma en su mente. Nunca había pensado en aquella posibilidad, pero

ahora que comenzaba a contemplarla, se dijo que no sería imposible. Compartía la misma opinión de Matt: un hijo se amaba aunque no hubiera sido concebido con el vientre, sino con el corazón.

—¿Crees que podríamos...? Sería hermoso —dijo ella sonriendo.

A Matt lo emocionó ver la sonrisa en el rostro de su esposa. ¿Hacía cuánto que no la veía sonreír? Mucho tiempo. Se sintió culpable por qué de alguna manera tendría que haberse dado cuenta de que la falta de hijos mortificaba seriamente a su mujer.

—Claro que sí, mi amor. Podemos buscar información una vez regresemos. Verás que es posible y que todo saldrá bien.

La joven echó los brazos al cuello de su esposo para sorprenderlo con un beso tierno y cálido.

—Te amo —dijo ella.

—Y yo a ti... y no quiero que esto vuelva a pasar. No quiero que vuelvas a ocultarme ninguna preocupación. Somos una pareja, nos amamos y nuestro amor podrá superar cualquier obstáculo si estamos juntos.

—Perdóname... es que... cuando te vi con el hijo de Laura... te llevas también con él, e incluso llegué a pensar que podrías ser un padre para ese niño y un esposo para

Laura.

Matt no pudo evitar echar a reírse.

—Nick es un niño encantador y Laura es una mujer excepcional. Pero es a ti a quien amo, eres tú la mujer de mi vida, con quien quiero compartir el resto de mi existencia, con hijos o sin ellos, te amo y te quiero a ti.

El apasionamiento en la voz de Matt no le dejó a Cristina ninguna duda sobre lo que él sentía por ella.

—Que tonta he sido... estuve a punto de perder el amor de mi vida por... lo siento mucho... estaba muy triste, me sentía culpable por no poder darte un hijo, y cuando te vi tan alegre con aquel niño me dije que tenía que hacerme a un lado para que pudieras ser feliz...

—Mi felicidad está contigo, solo contigo. Así que no te atrevas a abandonarme de nuevo y mucho menos a tratar de buscarme otra pareja —la regañó Matt mientras acariciaba la espalda de la joven y la estrechaba más contra su cuerpo.

—Te lo prometo, jamás volveré a cometer ninguna locura como esta... Perdóname...

Matt la besó larga y profundamente, estrechándola entre sus brazos, sintiendo que el deseo lo invadía y notando el estremecimiento en el cuerpo de su amada.

—Te perdono con una sola condición —dijo en tono

seductor rompiendo el beso por unos instantes.

—¿Cuál?

—Que termines de cumplir el reto: durante los próximos cinco días tendrás que regalarme un beso cada día...

Cristina sonrió.

—¿Solo un beso? ¿Y qué pasará si quiero besarte más veces? —preguntó juguetona.

—Tendrás que asumir las consecuencias de tu atrevimiento —respondió Matt mientras la levantaba en sus brazos y regresaba con ella su habitación.

—¿Y si por el contrario, no quiero besarte?

—Me esforzaré porque quieras hacerlo —dijo él dejándola sobre la cama y acostándose junto a ella.

—Mmm ahora estoy indecisa... no sé si negarme a tus besos o robarte varios... ambos castigos suenan igual de tentadores...

—¿Qué te parece si soy yo quien te roba un beso?

Antes de que ella pudiera responder, Matt la estaba besando de nuevo, demostrándole en aquel gesto lo mucho que la amaba.

Cristina no pudo hacer otra cosa más que responder y reconocer que su amor era igual al de él, y que siempre lo sería.

El de ellos era un amor tan grande que siempre vencería cualquier obstáculo.

Epílogo

24 de diciembre

La noche se dibujaba alegre, llena de risas, villancicos y celebración.

En la enorme mansión de Matt y Cristina, la música sonaba suavemente en el aparato de sonido, mientras que Francisco hojeaba el periódico, y Maura y Cristina ponían la mesa para la cena.

Ahora que las cosas habían regresado a su orden natural, todo iba mejor que nunca.

La feliz pareja se había quedado en la cabaña una semana más disfrutando de su amor en privado antes de regresar a la ciudad. Sus padres los habían recibido con alegría al saber que se habían reconciliado y que las cosas irían mejor.

—Bueno, ya está —dijo Maura con una sonrisa una vez terminaron de poner los cubiertos para la cena de

Nochebuena—. Voy a la cocina a ver si ya está todo listo.

Cristina sonrió y caminó hacia donde estaba su padre sentado.

—¿Por qué no llega Matt? Me estoy poniendo impaciente —dijo Francisco al mirar la hora.

—Tuvo que ir a ver al médico que nos está asesorando con los exámenes para la adopción —dijo ella—. Lo telefoneó temprano y le dijo que quería hablar con él lo más pronto posible.

Aunque Cristina se había sentido un poco nerviosa por la urgencia del médico para hablar con su esposo, se convenció de que pasara lo que pasara, si estaba junto a Matt y su amor permanecía fuerte, lograrían vencer cualquier dificultad.

En cuanto regresaron, habían conversado con un abogado que los estaba guiando en el proceso necesario para adoptar un bebé.

De hecho, se habían documentado muy bien acerca de la adopción. Fueron plenamente conscientes de la cantidad de niños en el mundo que son injustamente rechazados por sus padres biológicos y que desean un hogar. Cristina y Matt se sintieron felices de poder brindar amor y protección a un pequeño.

Estaban maravillados, ilusionados con la idea de ser

padres. El abogado les había asegurado que, si seguían el proceso de manera correcta, en unos pocos meses tendrían a su hijo en brazos.

Dentro de los requerimientos del trámite, estaba la exigencia de practicarse exámenes que probara las buenas condiciones físicas y mentales de los padres adoptantes. La semana anterior, tanto Matt como Cristina se habían practicado los análisis necesarios que, una vez listos, fueron enviados al médico de cabecera de la familia.

Esa mañana, el médico había telefonado a Matt y le había pedido que fuera a verlo pronto. Ni Cristina ni su esposo querían esperar más de lo necesario, así que Matt había ido a hablar con el hombre.

—Creo que se tarda demasiado —dijo Francisco.

Cristina ya había pensado en eso, pero no quería mantener aquel pensamiento en su mente, no quería que nada la preocupara en aquella fecha, pues se cumplían exactamente seis años del inicio de su relación con Matt.

Enseguida, los pasos provenientes del vestíbulo les señalaron que Matt acababa de llegar.

En cuanto Cristina lo miró, notó en él una mirada misteriosa, aunque no preocupada ni inquieta. Era más bien como si trajera una sorpresa.

Después de los habituales saludos, le pidió a su esposa

que lo acompañara un momento a la biblioteca, antes de que la cena se sirviera.

—¿Pasa algo malo? —preguntó la joven después de que entraron en el lugar.

Matt la tomó de las manos, besó el dorso de cada una, y le sonrió.

—Nada malo, mi amor. Solo quería darte esto —le dijo señalando un enorme ramo de rosas sobre una de las mesillas.

Cristina sonrió antes de fundirse en un apasionado beso con su esposo.

—Gracias, están hermosas —agradeció la joven antes de caminar hacia su obsequio para admirarlo con detenimiento. Junto al ramo había un pequeño paquete envuelto en papel regalo con motivos infantiles—. ¿Y esto?

—Ábrelo.

La joven tomó el paquete y al abrirlo descubrió que dentro había una sonaja.

—Que tierno, Matt, está preciosa... pero ¿no crees que te estás apresurando? Podrían pasar muchos meses antes de que podamos tener un bebé en esta casa —dijo ella poniendo las manos sobre los hombros de su esposo.

Él apoyó las suyas en la cintura de la muchacha y la acercó más a él.

—Ocho meses no son tanto...

—¿Cómo sabes que serán ocho? ¿Tienes alguna noticia? ¿El abogado te dijo algo de la solicitud?

Matt sonrió mirándola a los ojos.

—Fue el médico quien me dijo... algo... sobre los análisis.

—¿Está todo bien? —preguntó ella desconcertada.

—Muy bien...

—¿Entonces podemos entregar la solicitud de adopción pronto?

—Solo si no te interesa tener dos bebés en lugar de uno.

—¿De qué hablas? ¿Dos bebés? ¿Por qué dos?

—¿Te has sentido bien últimamente? —preguntó Matt en lugar de responderle.

—Sí... muy bien... no comprendo...

—¿No has tenido mareos o náuseas?

—Mareos o nau...

De súbito Cristina comenzó a comprender lo que su esposo le estaba diciendo.

—Matt... ¿por qué me preguntas eso? ¿Acaso tratas de decirme...?

—Estás embarazada, mi amor. Estamos embarazados, de hecho. Vamos a tener un bebé.

Los ojos de Cristina se anegaron por las lágrimas de emoción mientras asimilaba la noticia.

Recordó que desde hacía unos días se sentía un tanto extraña. Había sentido un par de mareos y súbitas ganas por determinada comida, pero no había puesto atención a los síntomas. Recordó entonces que la última vez que había tenido su periodo fue antes de abandonar a Matt. Desde su segunda luna de miel en la cabaña, no lo había vuelto a tener.

—No... no puede ser... —dijo ella mientras la emoción la embargaba por completo.

—Sí puede ser, mi amor. En tus análisis se demuestra que estás embarazada. Concebimos un bebé en aquellos maravillosos días juntos.

Cristina se lanzó a los brazos de su esposo quien la recibió para estrecharla contra él y después tomarla en un apasionado beso por largo tiempo.

—No... no entiendo... ¿cómo pasó? —preguntó ella, limpiándose las lágrimas, aún desconcertada por la fantástica noticia. Aunque sabía que era verdad, no podía asimilar la maravilla de su nueva realidad.

—¿No sabes cómo pasó? Bueno, podríamos subir a la habitación para que yo pueda demostrarte como sucedió —sugirió él en tono seductor.

—Sabes que no me refiero a eso. Lo que no entiendo

es cómo después de tanto tiempo... Tantos meses añorando un bebé... Y ahora que decidimos adoptar, de repente sucede.

—Eso mismo me pregunté yo, y cuando se lo comuniqué al médico, me dijo que posiblemente tu ansiedad por tener un bebé te había producido un estrés que impedía el embarazo. Una vez te relajaste, tu cuerpo volvió a la normalidad y eso te permitió concebir.

Para Cristina aquello era un verdadero milagro. Estaba embarazada. Cuando por fin se había resignado a que no sentiría crecer en su vientre un hijo, había sucedido.

—Es maravilloso —dijo ella sin poder evitar derramar nuevo llanto.

—Claro que sí, mi amor —dijo Matt secándole las lágrimas—. No llores.

—Es de felicidad... no puedo evitar la emoción...

Volvieron a besarse disfrutando la maravilla de la noticia.

—¿Qué pasará ahora con la adopción? ¿Crees que nos la nieguen porque estoy embarazada?

Matt emitió un suspiro.

—No lo creo, pero... ¿quieres continuar con el proceso ahora que sabes que vamos a tener un bebé?

—¿Y por qué no? Tú mismo me acabas de preguntar

si no me importaría tener dos bebés. Creo que será maravilloso.

Matt sonrió ampliamente.

—No sabes lo feliz que me siento de escuchar eso. Por un momento pensé que desistirías.

—No, mi amor. Ahora que hemos averiguado tanto sobre la adopción, soy consciente de que hay tantos niños en el mundo que quieren un hogar... Nosotros podríamos brindarle una familia a alguno de ellos, y si hay un hermanito para que crezcan juntos, mucho mejor. ¿No lo crees así?

—Por supuesto que sí, mi amor.

Compartieron mimos y besos durante unos instantes, trazando planes para un futuro conjunto, ya no solos como pareja, sino con los dos niños que estaban por llegar.

—Creo que la Navidad es una época mágica —dijo Cristina acariciando el pecho de su esposo—. Hace seis años me dio el inmenso regalo de tu amor, y ahora, seis años después, a pesar de mis temores, mis inseguridades y mis errores, me regala la promesa de dos hijos.

—El amor es lo realmente maravilloso, porque puede vencer todas las dificultades y hacernos verdaderamente felices.

—Te amo.

—Y yo te amo a ti.

—Y también amo a nuestros hijos.

—Y yo también los amo.

De repente, Cristina comenzó a reírse.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Hace unas semanas llegaste a mi cabaña y me juraste que para la fecha de hoy volvería a amarte.

—Pensé que habías dejado de quererme.

—Eran solo mis miedos que se habían apoderado de mi voluntad. Jamás dejé de amarte. Si no hubieras ido a buscarme, ahora estaríamos separados y nuestros hijos...

—Shh, los “hubiera” no importan. Lo verdaderamente importante es lo que vivimos ahora y el futuro que nos espera.

—Así es, mi amor, así es —dijo ella antes de besarlo—. ¿Y para la próxima Navidad, qué me jurarás?

—Que seguirás amándome, y amando a nuestros hijos, así como yo te amaré y los amaré —respondió él.

—De eso puedes estar seguro.

FIN

Sobre la autora

Siempre me ha gustado la literatura. En la infancia leía cuentos. Más tarde mi interés se volcó sobre la novela policíaca. Pero encontré mi verdadero género cuando, casi por accidente, llegó a mis manos una novela romántica. En cuanto la terminé, supe que mi vida literaria no volvería a ser igual. Durante muchos años leí este magnífico género y un buen día, me dije que podría intentar crear mis propias historias.

En 2009 publiqué mi primera novela “Vuelve a mí” con una editorial en formato ebook. A partir de allí he publicado varias novelas que se venden en distintos portales online, tanto en formato electrónico, como impreso. También cuento con algunos relatos cortos que pueden ser descargados gratuitamente desde mi web.

Otros títulos

Hermosa Impostora

Misión Encubierta

Las Rosas de los Viernes por la Tarde

El corazón de Anabel

Mientras Recuerdo

Sueños

Amor Milagroso

Corazones Lastimados

Heridas del Alma

Vuelve a mí

Atrévete a Amarme

Relatos de libre descarga

Escapando hacia tus brazos

Prisionera del Diablo

Un regalo de Navidad

Volverás a amarme en Navidad

Misión Encubierta

Serie Amor y Mentiras, 1

Sonia es una joven policía que tiene una misión: encontrar a los tratantes de blancas y dismantelar la peligrosa red internacional. Así que entra de manera encubierta a la agencia de modelaje desde donde se llevan a cabo los turbios negocios. El único problema es que Gabriel no parecía el culpable de todo eso... ¿o era que su naciente atracción hacia él no le permitía ver la realidad?

Gabriel, uno de los dueños de MAGA'S, pareció volver a la vida al conocer a Sonia, la nueva modelo de la agencia. No se parecía a su frívola y traicionera novia: Sonia era inteligente, tierna, totalmente sincera y transparente... ¿o no?

¿Era él tan íntegro y sincero como lo parecía? ¿Lo era ella?

Las Rosas de los Viernes por la Tarde

Serie Amor y Mentiras, 2

Después de casi cinco años, Mariana García ha olvidado el pasado y ha sanado las heridas de su alma y su corazón.

Entonces Leonardo del Valle decide reaparecer para atormentarla y reclamar lo que él mismo rechazó. Ha vuelto decidido a recordarle el pasado compartido hasta con los mínimos detalles como las rosas que le regalaba siempre los viernes en la tarde.

Y aunque Mariana ya lo ha desterrado de su corazón, no puede evitar recordar lo vivido y volver a experimentar los mismos sentimientos cada vez que lo ve. ¿Todavía lo ama? No puede ser. En el pasado le hizo mucho daño y ahora ha vuelto más decidido que nunca para inquietarla. ¿Entonces por qué no puede dejar de pensar en él?

El corazón de Anabel

Serie Amor y Mentiras, 3

Anabel Medina ha sido desahuciada por su médico: a menos que encuentren pronto un donante de corazón, morirá a más tardar en un año. En vez de encerrarse a llorar su desgracia, decide que ese último año será el mejor de su vida, lo disfrutará al máximo antes de irse para siempre. Lo que ella no prevé es conocerá a Franco Solís, un hombre como ninguno.

Franco decide tomar un crucero para ver si por fin deja de pensar en la mujer que ha amado desde siempre, una que ahora está felizmente casada con otro. Jamás se imaginó que en ese viaje conocería a Anabel, una mujer hermosa y sensual que lo hace conocer el amor.

La química es instantánea entre los dos, pero Anabel sabe que lo suyo no durará. ¿Cómo decirle a Franco que morirá dentro de poco? ¿Qué debe hacer para evitar que él sufra por su muerte?

Sueños

Serie De La Peña, 0

Ambientada en la década del 50, esta es la historia de dos almas que sin saberlo –y sin quererlo- encontrarán sus sueños donde menos los esperan.

Samuel de la Peña tiene un sueño: fundar una empresa textilera y de trajes. Sabe que no es fácil, pues su origen humilde le exigirá comenzar desde abajo para ascender poco a poco. Sin embargo, sabe que con esfuerzo lo podrá lograr. Mercedes también tiene un sueño: encontrar el amor de su vida. Aunque es feliz con su padre, que le ha dado todos los lujos y comodidades que ha querido, quiere sentirse amada y rodeada de una gran familia.

Estos jóvenes se encontrarán sin sospechar que juntos podrán alcanzar sus sueños, a pesar de la enorme diferencia de clases sociales, los prejuicios de la época y los malos entendidos.

Amor Milagroso

Serie De La Peña, 0

Hasta hace menos de un año, Carolina Gámez de la Peña era una joven alegre y dulce. Después del accidente que le quitó la vida a su padre y que la dejó a ella en silla de ruedas, es una mujer pesimista y amargada. Su invalidez le ha quitado todo, y aunque los médicos le han dicho que tiene posibilidades de volver a caminar, ella teme no conseguirlo, y más si su curación depende de su propia mente.

Julián Maldonado, un psicólogo que ha ayudado a muchos pacientes, no se ha curado a sí mismo de la culpa que le dejó el haber asesinado accidentalmente a su mejor amigo. Su mentor le asigna el difícil caso de Carolina. ¿Podrá ayudar a la bella joven inválida a alejar la culpa que le impide caminar, cuando él mismo no ha podido superar sus propios demonios?

En medio de terapias psicológicas nace un amor milagroso que podrá redimirlos o vencerlos para siempre.

Corazones Lastimados

Serie Prisioneros, 1

Fabián tiene el corazón lastimado. Hace doce años fue enviado a prisión por la violación y asesinato de su novia. Fue la familia de la muchacha quien lo acusó con saña sin importar si era culpable o no, basándose en pruebas y testigos falsos. El joven se llena de odio y jura vengarse de todos ellos. Por eso ahora, después de demostrar su inocencia y recuperar su libertad, llega con un plan para hacerles pagar por todo su sufrimiento.

Valeria no merece la venganza de Fabián. Ella no tuvo la culpa de que sus padres lo acusaran por lo que le sucedió a su hermana, de hecho, ella también ha sido víctima del desamor y apatía de su familia desde siempre; también ella tiene el corazón lastimado. Se dice que no permitirá que se salga con la suya: ella también puede ser obstinada y luchar contra él, más si con su venganza busca herirla injustamente. Sin embargo, las cosas no siempre salen como se planean, y cuando el destino los lleva a transitar por caminos insospechados, Fabián y Valeria podrían darse cuenta de que

juntos pueden sanar sus corazones, o permitir que el rencor los destruya para siempre.

Cuando dos corazones lastimados se reencuentran pueden salvarse juntos por la magia del amor o condenarse para siempre bajo la venganza y el rencor.

Heridas del Alma

Serie Prisioneros, 2

La verdadera prisión de Melissa González no es esa de paredes frías y barrotes de acero en la que se encuentra desde hace siete años, sino la de su alma atormentada por haber asesinado a un hombre. Por eso ha aceptado un destino de encierro. Sin embargo, su vida da un vuelco al conocer a Alejandro Olivares, un abogado firmemente dispuesto a sacarla de prisión, un hombre que no es otro sino aquel que ella creyó asesinar tantos años atrás. No comprende por qué quiere ayudarla, cómo es posible que haya cambiado tanto, y por qué no la recuerda. Entonces decide dejar atrás el pasado y comenzar una nueva vida.

Para Alejandro, aquella mujer es un verdadero enigma: hermosa, dulce y sumamente hermética en cuanto a su pasado. Lo único que sabe es que quiere ayudarla y que existe una fascinante química que lo atrae hacia ella. Está decidido a conocer hasta su último secreto. Siempre ha sido un hombre que consigue lo que se propone, y sabe que lo logrará, así como conseguirá hallar a la mujer que asesinó

tan cruelmente a su hermano gemelo nueve años atrás para hacerla pagar por su crimen.

Entre Melissa y Alejandro nace un sentimiento puro y verdadero, un amor que tendrá que ser fuerte para luchar contra el pasado y la maldad.

Vuelve a mí

Serie Duvergier, 1

"Madelynn Buckhurst es una joven tímida y triste. Huérfana desde niña, debe soportar los constantes maltratos de su abuelo, su tía y sus primas por cargar el estigma de ser una bastarda. Por eso, su vida se ilumina cuando el maravilloso Richard Arbuckle, Marqués de Clarendon, pide su mano en matrimonio y con ello pone fin a una vida de humillaciones y dolor. Lo que Madelynn no sabe es que Richard no se casa con ella por amor. Cuando lo descubre toma una decisión radical: huir de él.

Richard no se quedará de brazos cruzados; la buscará y no se detendrá hasta recuperarla. Desde que la conoció se dijo que iba a retribuirle a la joven la bondad que él recibió de su madre tantos años atrás, sin importar que no haya amor, el agradecimiento será suficiente.

Durante la huida, Madelynn encontrará respuesta a muchos secretos relacionados con su origen y Richard admitirá que sus sentimientos son más profundos de lo que él cree. ¿Estarán a tiempo para volver a amarse, o las circunstancias y el pasado los separarán para siempre?

Atrévete a Amarme

Serie Duvergier, 2

Constance Duvergier no quiere dar alas al amor que siente por un hombre que jamás se fijaría en ella. Vio sufrir a su madre por un amor no correspondido, así que prefiere vivir ahogando ese sentimiento. Sin embargo, al sufrir un golpe en la cabeza, de súbito se cree la enamorada heroína de una novela que acaba de leer: parece otra mujer, una que no teme en confesar y demostrar sus sentimientos al amado.

Michael Pirard ha sido encargado para ir al campo a buscar a Constance y acompañarla a Londres. Cuando la muchacha se accidenta se lleva un susto de muerte, pero nada comparado con el pavor que siente en el momento en que ella despierta para confesarle su amor... Esa no es la Constance que él conoce.

Mientras el universo conspira para que la situación empeore en vez de solucionarse, Michael no puede evitar sucumbir ante la seducción de una mujer que antes creía bastante seria

y recatada, y que ahora le parece hermosa, apasionada y sensual.

Pero el estado de Constance no es permanente, de repente vuelve a ser la de siempre solo para descubrir que... ¡ha seducido a Michael, el hombre al que no se atreve a amar!

Mientras Recuerdo

Esmeralda despierta en el hospital sin recordar absolutamente nada: ha perdido la memoria por completo. Le dicen que ha sufrido un accidente, pero ningún pariente o amigo la ha buscado aún. Así que sólo puede aferrarse a la ayuda que le brinda el guapo policía que tiene su caso y que le ofrece su hogar mientras recuerda su identidad o encuentra a su familia.

Pero las intenciones de Pedro no son tan honorables: tener a la joven en su departamento sólo es una estrategia para develar lo que realmente sucedió cuando la joven tuvo el accidente.

A pesar de todo, la atracción y la pasión entre Esmeralda y Pedro nacen sin que puedan evitar dar rienda suelta a lo que sienten.

¿Cambiarán los sentimientos cuando la joven recuerde quién es y cuáles son los motivos reales por los cuales Pedro la ayudó?

Hermosa Impostora

Sara Simmons es una joven humilde que ha quedado con la obligación de cuidar a sus hermanos menores, Thomas y Daphne, después de la muerte de sus padres. Un día un hombre se aparece en la puerta de su casa proponiéndole un extraño trato: hacerse pasar por Arabella McClelland, que desapareció hace catorce años, cuando apenas era una niña de siete. A Sara tal petición le parece inconcebible, aun más cuando dicha dama es una condesa y no tiene más parecido con ella que un lunar en forma de lágrima debajo del ojo izquierdo.

Malcolm McClelland sabe que esa mujer que llega diciendo que es Arabella no puede serlo. No es más que una embaucadora que quiere aprovecharse de un rasgo que compartía con la niña desaparecida para robar la fortuna y la calma de la familia, además de hacer daño. De manera que jura desenmascararla a cualquier precio.

Pero conforme va pasando el tiempo entre Sara y Malcolm nace una atracción más fuerte que la rivalidad, además él se da cuenta que ella no es la embaucadora que él creía... y como si eso no fuera suficiente, las cosas se complican cuando alguien quiere deshacerse de Sara...

Escapando hacia tus brazos

Annushka y su familia están en peligro; las cosas en el país se complican, los comunistas se han tomado el poder y al pertenecer a la realeza será aniquilada. Huir es prioritario, pero jamás se imaginó que su refugio serían los brazos de su enemigo.

A Sergei se le ha encomendado cuidar de esta familia aristocrática que deberán ser ajusticiados, pero además de no estar de acuerdo con la determinación, se ha desilusionado de la causa por la cual peleaba y las injusticias que ha visto. La bella mujer que debe custodiar no debe sufrir la ira del partido.

En medio de la Revolución Rusa, nace un amor que será más fuerte que las políticas, los odios y las ideologías.

Prisionera del Diablo

Jack Farrel, un pirata apodado El Diablo, ha sido encomendado para buscar el tesoro robado de su gran Capitán el bucanero Henry Morgan. Con sorpresa nota que quien lo ha robado es una jovencita temeraria que niega el hecho, así que no puede hacer otra cosa que hacerla su prisionera hasta que confiese qué ha hecho con el botín.

Anne no sabe nada de tesoros ni de piratas. Lo único que sabe es que ese hombre al que llaman El Diablo la hace experimentar sensaciones que nunca pensó que existieran.

Un regalo de Navidad

Serie Amor en Navidad, 1

Hace mucho tiempo, Cristina cometió un error que dejó a su familia profundamente herida. Ahora, ella quiere darles a su padre y su madrastra un regalo de Navidad que haga sus vidas más felices y enmiende los errores que ella cometió en el pasado. A pesar de que sabe que no será fácil, lo intentará con todo su corazón. ¿Podrá tener éxito?

Matt nunca pensó que vería a Cristina de nuevo, no después de lo que pasó tantos años atrás. Sin embargo, ella está allí, así que se dice que llegó la hora de actuar.....

Volverás a amarme en Navidad

Serie Amor en Navidad, 2

Los seis maravillosos años de amor y unión entre Matt y Cristina se ven empañados por la falta de hijos. La joven está convencida de que es su culpa, y como no podrá darle hijos a su esposo, piensa que lo mejor es divorciarse a fin de que él pueda rehacer su vida con una mujer que le dé la posibilidad de ser padre. Por eso decide abandonarlo.

No obstante, Matt no se resignará a perder a la mujer de su vida y va tras ella con un firme propósito: recuperar su amor antes de Navidad.

Contacto

| | |
|----------|---|
| E-mail | mary.heathcliff@gmail.com |
| Blog | http://maryheathcliff.blogspot.com/ |
| Web | http://maryheathcliff.tk |
| Facebook | http://www.facebook.com/maryheathcliff |
| Google + | https://google.com/+MaryheathcliffBlogspotMH |
| Twitter | https://twitter.com/Mary_Heathcliff |
| Youtube | http://www.youtube.com/user/maryheathcliff |

Tiendas online

| | |
|-------------------|---|
| Amazon | http://author.to/MaryHeathcliff |
| Smashwords | http://bit.ly/SmashWordsMH |
| CreateSpace | http://bit.ly/CreateSpaceMH |
| Barnes & Noble | http://bit.ly/BarnesNobleMH |
| iTunes iBookstore | http://bit.ly/iTunesMaryHeathcliff |
| Kobo | http://bit.ly/KoboMaryHeathcliff |
| Xinxii | http://bit.ly/XinxiiMH |
| Casa del Libro | http://bit.ly/CasaLibroMH |
| Payhip | https://payhip.com/maryheathcliff |

Descargar el catálogo completo <http://goo.gl/Kgo8uL>